

QUINCE
DUNCAN

HOMBRES
CURTIDOS

CR 863.4
D 912 n
912 n



CUADERNOS DE ARTE POPULAR

Quince / 10.

DEVOTA OFRENDA A MIS HIJOS

*Andrés Alonso
Jaime Enrique
Pablo Antonio
y a Minerva y Antonio Ramos*

Prologo

"HOMBRES CURTIDOS" es un libro que nos descubre una realidad. Tiene la fuerza de lo vivido, de lo que se conoce bien y se ha experimentado a lo largo de la propia vida y de la vida de los progenitores. Es algo existente.

Entonces es sincero. Y en la sinceridad hay verdad, y en este caso, verdad histórica. Porque es verdad en la sangre, verdad de una raza nostálgica que se revela en un grupo humano trasplantado a la región atlántica de nuestro país. Y esa región no es fácil de domeñar, y menos lo era en aquellos tiempos.

Pero hay algo más hondo en la vida de aquellos hombres y mujeres venidos de lejos. Es la mística de su raza y el empeño en conservar sus costumbres ancestrales y no adquirir las del país, porque abrigaban la esperanza de regresar un día a su querida Jamaica.

Con el pasar del tiempo, algunos fueron perdiendo esa esperanza y quisieron incorporarse a la vida nacional, sobre todo los jóvenes nacidos aquí. Y hubo entonces un conflicto en el grupo mismo. Un nuevo motivo de dolor. Los que permanecieron fieles a su tradición y a sus costumbres se enfrentaban a la nueva generación que por su parte, no encontraba asidero en lo que justamente se oponía a su expansión dentro

del ambiente que sí conocía y en el que había nacido.

La piel curtida del negro de la zona atlántica encubre un drama que nosotros los costarricenses no conocemos aún.

Quince Duncan es uno de esos jóvenes negros que ha dado el paso hacia adelante y con valor y entusiasmo se impuso la tarea de darnos a conocer en forma inteligente y elevada, la historia de ese grupo étnico, sentimental y orgulloso de su origen.

Sus libros están escritos, unas veces con lágrimas, y otras, con sangre del corazón.

LÍA CORONADO



PRIMERA PARTE

CAPITULO I

EL REGRESO

El acto de levantar la valija, alzar al niño y bajarme del tren es uno solo. Mi esposa me sigue con timidez tratando en vano de ocultar sus perfiladas rodillas. Esfuerzo inútil. Sus manos sostienen el bolso, como si en él atesorase una colección de joyas. Pongo las valijas sobre el malecón. Palpo el vacío ineludible de mis bolsillos, y la vaciedad sube hacia las entrañas. El conductor, levantando la mano, da la señal de partida. La máquina trepida metal.

He vuelto. La estación está aquí, intacta, inalterada en catorce años. Al otro lado de la vía la Jefatura Política, oficina y residencia, están también a salvo de toda modificación, excepto la señal SNAA que sustituye la antigua bomba, y que significa sencillamente que el agua está más cara.

Ni pintura, ni reparaciones; ningún cambio. Acá todo es estático. Las cosas son, decrecen, buceando la autodestrucción, o simplemente aceptando el efecto de la erosión. Tenue estilización que a su manera traza el devenir; violencia, contraste.

Mi esposa contempla el caserío en silencio. Se le ve en los ojos que aún duda sobre la causa de mi retorno. Nadie lo sabe, tal vez ni yo mismo lo sé.

Los amigos de la capital no me perdonarán nunca el haber dejado la gran ciudad, la vida rápida de la élite artística que nuestra generación trata de crear. Los discursos sobre el ultra-literatura, arte, el servicio del hombre, todo, todo eso y las otras cosas que la vida urbana involucra.

“Sos escritor. Sos una positiva promesa. Para qué te vas a encuevar allá en ese monte”.

Pero busco mis propias raíces. En el maletín tengo el revólver que compré después de decidir que estaba en peligro de ser otro escritor de los muchos. Mi esposa me mira, con la pregunta familiar en sus ojos. He conocido sus dudas, su actualidad cotidiana, interminables argumentos de temor y lucha; la división de su ser en dos mitades: la una suya, inclinada a la comodidad, a la vida aburguesada y rutinaria; la otra absurda, tan absurda como mi propio espíritu, tan irreal como mi visión del mundo. Pero a lo mejor esa irrealidad aparente es lo único verdadero de este mundo.

—Vamos Amor. —Dió un paso.

—Vamos —respondió— ¿es lejos?

—Cinco minutos a pie...

—Bueno —ella sostiene fuertemente a nuestro hijo mayor— aprovechemos el tiempo.

Y lo sostiene fuertemente, impulsada por un ardor instintivo que surge desde adentro, y se materializa en lo que a su modo de ver las cosas es casi un acto de heroísmo, como si fuese necesario proteger al muchacho de mí. Mas no de mí; quizás de aquello que a ratos parece poseerme. No debí traerlos a esto, pero ya es tarde; seguimos avanzando sobre los polines. A lo largo de la vía la gente nos saluda. Todo sigue igual. Han vivido sesenta o más años así, sin ocurrírseles nunca agruparse en un centro urbano. A lo largo del pedre-

goso e irregular trillo, la gente nos saluda. Los pies de mi esposa y los de mi hijo, tabulan figuras ininteligibles. La casa surge de entre las hojas frescas del cacaotal, y la sensación de regreso me abruma, me sobrecoge. Estoy en casa. La nostalgia acumulada a través de los años, fluye, se libera. Los recuerdos son violentos, y golpean sin tregua. Largueza tenue que revienta cruz sobre mi futuro incierto. Pero estoy en casa, eso es importante.

—Esta es la casa.

—¡Ah, sí! Es bonita por fuera.

—Sí, por cierto. Y grande. Cómoda. Tenga cuidado con las gradas.

Abrazado de mi cuello el niño duerme profundamente. (Entonces la imagen le asalta inesperadamente: el niño abrazado del cuello del viejo, pidiendo explicaciones sobre el contenido del diario).

Nos acercamos a la puerta, con una increíble expresión de culpabilidad dibujada en el rostro.

—Sí, es grande. Prenda la luz.

—Está descompuesta la planta.

—¡Ah, qué problema! Y tenía que suceder ahora, Dios mío, ¿qué hacemos?

Corrió los campos floridos de la llanura ardiente, con los pies descalzos a veces, y la rodilla llena de barro y granos, sorbiendo la densidad del tiempo, sin estufa, sin corriente eléctrica, sin baño —salvo el río— sin refrigeradora... Había partido hacía catorce años. Y recordaba muy bien que aquella mañana, despertaron temprano, a eso de

las tres. El abuelo lo mandó a vestirse, y luego, llamándole a la mesa, le hizo entrega de la lista de sus deudas, pidiéndole expresamente que hiciese lo posible por honrarlas, como si de pronto, a los dieciséis años, le otorgase la emancipación formal, para que de hecho tomase sobre sí la herencia: la sangre, la cultura, y más importante aún, la responsabilidad de mantener el apellido Duke a la altura que le correspondía, siguiendo las centenarias normas de los habitantes del pueblo. Ahora, catorce años después de aquella solemne mañana, estaba de nuevo en su pueblecito natal,

Su esposa no podría comprender. Sólo él guardaba en lo íntimo aquel secreto; su viaje al río, la angustia de la muerte inminente, la noche húmeda, la soledad impía de la calle. Solo, ausente. La vida lo estuvo carcomiendo por mucho tiempo. Inclemente, sin reparo, inmisericordemente. Fue esa tarde cuando se hizo de la pistola...

No era la primera tarde de esas. Muchas veces antes la boca se le hizo brasa, los ojos aceros quemantes, la frente sol; las manos se le helaron esta vez en particular, y de no haber sido por el susurro incesante de la corriente que le insinuó la posibilidad de probar de nuevo, la historia sería diferente.

“—Clif, ¿a qué vamos? Oh, ya sé: Vos sos el heredero”.

Palabras hondas que calan la hondura del ser. El heredero. Como si en vez de nieto, fuese hijo del

viejo. Porque desde que su madre quedó en cinta el abuelo no quiso obligar al culpable a responder por sus actos; primero por cuanto consideraba la situación superable, y segundo, porque en su criterio, la iniciativa debería venir del novio.

Palabras que calan hacia la hondura que tiene en él. Y la otra razón, la tercera era la de peso. Pero el abuelo se la reservó para contárselo a un amigo cualquiera, una noche entre tragos: que él sentía orgullo, por cuanto el bebé llevaría el apellido Duke, y empezó a rogar para que naciese varón.

Depositó pues, en la cabeza del joven Clif, la herencia y la gloria recibida y aumentada, para que éste la legue a su vez con mayor gloria a sus hijos, y así por los decenios, hasta que, acaso de entre su estirpe se levante prístino varón etíope, para orgullo de su raza, y para cubrir de aureolas el apellido Duke.

—Clif... tu madre vendrá por ti... Yo estoy viejo y cansado... pero sobre todo enfermo...

Estaban los dos, sí, lo recuerda, junto a la mesa en la tensa madrugada. Sí. Y se puso a su lado porque para Clif era un momento sublime.

—Ya sabes cuidar una finca y sabes... ganarte el pan sin robar.

Sé siempre bueno hijo, Clif, el buen hijo es la alegría de su madre. Palabras familiares, que brotan con harta frecuencia junto a la mesa, mientras que, aferrándose al cuello del abuelo, ojeaba sobre

sus hombros las páginas del Gleaner. El tendría los anteojos posados en la punta de la nariz, las barbillas blancas y filosas, la piel opaca absorbiendo la luz. Tal vez la lechuza interrumpía el rosario interminable de los sapos. Entonces el muchacho se aferraba más al cuello del viejo, repitiendo la fórmula que le legó la abuela: "chile y sal a tus posaderas", frase que repitió hasta el cansancio su bisabuela primero, y quizá también su madre después sin que, como lo señalaba el viejo con morbosa satisfacción, nadie se atrevería a garantizar seriamente su utilidad.

¡Quién iba a creer las palabras del abuelo! Se veía rejuvenecido esa mañana.

—Bien sabes Clif que no tengo nada que legarte, más que esa finca llamada por nosotros "Buena Esperanza". No es una fortuna, lo reconozco, pero es tuya. No la recibas como hacen esos que ponen la mano sin haber trabajado y nunca llegan a merecer su herencia. Recíbela más bien, sabiendo que recibes talentos del Señor, de Quien todos somos mayordomos.

No, nadie iba a creer las palabras del abuelo. Ni siquiera Clif. Pero, estaba de pie. Tal vez intuía la solemnidad del momento. Tal vez. Mas la mañana se les escurría entre los dedos.

CAPITULO II

DANZAS

Jake Duke, contempló el cielo. El sol bailaba su danza cotidiana sobre las altas palmeras de Montego Bay. En la embarcación pululaba un fuerte olor a banano. A lo lejos, el mar se hundía en el mar. Sobre las costas que se esfumaban en la azulina distancia, lloraban dos mujeres. Llevaba en sus bolsillos la carta del abuelo. Se la había aprendido de memoria. La redacción era típica de Jonás, su padre, repleta de repeticiones innecesarias, mayúsculas mal empleadas y otros gazapos.

“Querido Hijo:

Es probable que estas líneas lleguen a sus manos después de mi muerte...” le asaltaba la imagen de su padre, polifacética, inestable. La humedad de la mañana cubría la piel, el fresco olor de Kingston hacía vibrar el organismo. Avanzaba, disfrutando del lúcido espectáculo que ofrecía el inquieto vaivén de los compradores y vendedores, agrupados en las cercanías del mercado. Quince yardas delante divisó a un hombre bien vestido, quien, variando el rumbo, se dirigió a ellos.

—Jakel arregle su vestido.

—Por favor, ¿qué dice señor?

—Arréglese el vestido.

—Sí Paw... —sin que el tono de su padre le gustase, respondió sin dilación.

—Y además, cuando se acerque ese señor, quítese el sombrero...

—Jonás Duke... Qué gusto me da verlo...

—El placer es mío Mister Edwin —sonreía de oreja a oreja.

—¿Este es tu hijo, el de Rumina?

—Sí señor. Jakel, salude a su tío abuelo. ¿Recuerde cómo le hemos hablado de él?

Jakel lo miró preocupado. No es posible recordar escenas que nunca sucedieron. Podría jurar que ni siquiera el nombre le era familiar. Se le estaba llamando para ser falso testigo, y hubiese querido no lidiar con el pensamiento sobre las posibles consecuencias de hacer quedar mal a Jonás. Asintió con la cabeza. El gesto no bastó a la mirada fulminante de Jonás, y hubo de esgrimir las palabras.

—Sí señor Tiobuelo —¿qué era un Tiobuelo?— me alegro de conocerlo, y mi madre se alegrará también cuando sepa que le he conocido.

¡Qué bien educado! Muchacho, es sorprendente. Tome estos... cinco chelines —los sacó del bolsillo.

“He aquí a mi hijo amado. Había que hacérselo saber al mundo”.

Ahora, a bordo del barco, entre el olor a bananos, la carta de Jonás seguía:

“Sin quererlo, pues, te he fallado. La Fiebre ha tenido la Culpa...”

Pero no fue la fiebre la que lo hizo fallar cuando no supo evitarle a su hijo el choque emocional que sufrió, al enterarse de manera tan desagradable de la existencia de su tío abuelo blanco. La verdad la supo después, por parte del mismo Jonás,

el tal tío abuelo era hijo del mismo blanco que engendró a su tía abuela Marne, asesinada por un inglés, y por lo tanto era hermano de su abuela. No lo había oído nombrar antes, y no lo oyó mentar después del día en que Jonás, desenmascarado, se sentó junto a él y le explicó el odio, la justa retribución ganada por el tal Mistah Edwin por el imperdonable delito de haberse apropiado de la herencia de sus hermanas negras, entregándoles apenas cuarenta libras esterlinas para las dos, el día en que la abuela alcanzó la mayoría de edad, y siendo ya libre, abandonó la vieja casona, llevando consigo a la hermana que juró servirle en tanto vivieran ambas; cuarenta libras esterlinas, y ahora, muchos lustros después, como generosa dádiva, los humillantes cinco chelines, como si con eso pudiese borrar de la conciencia el pecado cometido.

“Deduzco los gastos de comida y vestido —dijo— la cuota del abogado y otros cargos” Tomen en cuenta que les he dado techo y comida desde el día del deceso de mi padre Vuestro Amo, que les conseguí empleo con un caballero escocés y les he dado una carta de recomendación. —Y añadió con increíble cinismo— “Se necesita ser cristiano para hacer tanto por un par de negras...”

Desde luego no dijo que esas negras eran sus media hermanas. Jake! recordaba con rabia la sonrisa de fingido entusiasmo de su padre, y mordía la gana de gritarle hipócrita un millón de veces. Y cobarde otras tantas. Leyenda arcaica. Ayer.

Después de todo, la sonrisa era caridad que necesitaban todos los descendientes de los esclavistas para dormir tranquilos sobre su callada y cómplice ignominia.

Y la famosa carta seguía:

“Dejo con La Vecina, Señora Roslyn Scoot, todos mis Ahorros. Ella es persona de confianza, creo que con lo que te dejo podrás llegar a ganar al menos lo necesario para vivir...”

A lo lejos el mar se hundía en el mar. Las frágiles figuras ya no se divisaban. Las palmeras de la costa habían descendido a las profundidades del océano. La nave avanzaba con ritmo acelerado, enfilando mar adentro. Tras ella se abría un triángulo infinito, ensanchándose. Era innecesario leer la carta, porque se la había aprendido de memoria. Pero la sacó una vez más del bolsillo, y la extendió en sus manos. Sus ojos empezaron a recorrer desde el principio, deteniéndose para observar los defectos ortográficos que contenía, como si, precisamente en ese detalle estuviese la imagen de Jonás, polifacética, subordinada a la mentalidad característica de su generación.

“En otras palabras —seguía la carta— podrás ganar lo necesario para el sustento diario. Después de eso. Jake confie en Dios, suyo sinceramente, Jonás Duke. Venga pronto. Salude a todos de mi parte”.

Acaso Jonás había dejado lo suficiente para que su hijo alcanzase la libertad que él nunca logró.

Jake había pensado a veces que su padre nunca intentó liberarse: le bastaba el decreto firmado por la Reina Victoria en Londres —o donde fuese— el cambio de una esclavitud onerosa para los dueños de hacienda, a otro tipo de esclavitud más refinado y por lo mismo más productivo.

—¡Tiene una cara melancólica! —interrumpió alguien.

—¿Perdón?

—Que se ve preocupado.

—Sí, me duele dejar Jamaica.

—¿Amores?

—No exactamente. Es que, me, mi madre y mi abuela dependían de mí.

—Ah, bueno, todo tiene remedio.

—¿Cuál es el mío pues?

—¿Qué es? preguntó con alguna sorpresa. Era como si el desconocido hubiese estado al acecho, esperando la oportunidad de mostrarle el paquete.

—Vea —sacó unas hojas semisecas.

—¿Qué es?

—Muchos no lo conocen. Es ganghá.

—¡Ganghá! ¡Dios mío!

—Sí para los hombres libres. Para la gente sin prejuicios.

—No veo cómo eso puede ayudarme.

—Pruebe...

—¿Usted fuma de eso?

—Yo no tengo problemas. Yo lo vendo.

¿Quiere?

—No, gracias. De modo que usted no fuma.

—El médico no se toma las medicinas que receta.

—Y según usted.. bueno, allá cada quien. ¿Tiene clientela?

—¡Qué si tengo! Vivo de esto. Pruebe...

—No, no, drogas no. Yo prefiero el aire salino. Refresca. Eso más bien me...

—Es más efectivo que bailar Pocomía.

—Quizás, pero...

No hubiera tenido el valor para probarlo. Tal vez eso era herencia.

Jonás nunca tuvo valor para sentarse adelante en la iglesia. Siempre ocupó la penúltima banca. Sí, la penúltima. Como si en el fondo y después de todo se arrepentía, se rebelaba contra su situación servil.

(Paw, ¿no podríamos sentarnos adelante?

—¿Adelante? —Sí señor, para apreciar mejor el culto. —Muchacho, ¿ya se te olvidó que naciste negro? —Es que... —Ocupa tu lugar. Si metes la nariz donde no cabe te la lastiman).

—Puede ser —dijo Jakel— que esa hierba sea mejor que la Pocomía. Pero prefiero no probar.

—Bien, estaré por allí por si cambia de parecer.

Duke regresó al recuerdo polifacético de su padre. Cobarde, sumiso, todo eso era verdad. Pero él sabía muy bien que sobre todas las cosas, Jonás lo amó. Y eso, tan solo eso, lo rescataba del odio

definitivamente, porque era innegable que por amor abandonó la relativa seguridad de St. James, para aventurarse allende el mar, arriesgando la vida para que su único hijo pudiese estudiar mecánica.

Pensó luego en la escueta carta de la señora Scoot, y sufrió un violento espasmo.

“Lamento mucho comunicarte la muerte de Jonás, acaecida ayer. Será sepultado hoy con los honores que le corresponden a sus méritos. Les expreso mi más sentidas condolencias.

Verazmente,
Roslyn Scoot”;

La carta parecía acusarle, culparle por la muerte de Jonás.

“Mi hijo es ambicioso, quiere hacerse mecánico. Voy al Canal de Panamá, allá se gana en oro. Con lo que consiga ahorrar podré enviarlo a que estudie”.

“Reclamaré la herencia —se dijo Jakel— y luego me haré mecánico. Y si no, me limitaré a vegetar”.

El traficante se acercaba de nuevo. Jakel se fue en busca del orinal.

La segunda noche a bordo tuvo su matiz poético. A la hora del silencio —silencio negro que es silencio hondo—, las tinieblas irradiaban juventud

todavía, el más sentimental de los marineros pulsó la guitarra. Sus compañeros se colocaron alrededor suyo, para escuchar la voz varonil y las notas vitales entretejidas. Alguien dio unos suaves toques al bongó, animándole. Aquietándose, el mar se unió para disfrutar de la sinfonía africana. El instrumento apenas ensayaba con timidez, aumentando la perspectiva. Las ansiosas miradas puestas en el trovador, los sedientos oídos, aguardando el momento cuando, de la inspiración del cantante, pudiesen oír la gloria de su tribu, la historia conocida por todos, y la otra parte callada por vergüenza, tergiversada por las plumas del Cáucaso. Sí, esa historia escondida en la sangre que por ser suya, era la única verdad. Palpitante, necesariamente musical.

La guitarra se hizo verbo. La voz fue nota viviente. El bongó sostenía el ritmo apenas audible, con el ímpetu de antaño, en las sacrosantas playas del Mashanti.

Porque en tierra Ashanti
cuentan,
rompió en la brisa el furor cañonesco...
sofocando el clamor de los tambores...
afuera en el mar, las naves de su majestad escupen
muerte con satánico empuje. Los guerreros huyen
de la costa, los invasores desembarcan.

Y entonces fue de noche. La sacerdotisa clama hacia el Dios de Israel, de cuyo siervo David,

el soberano desciende en línea directa... "Morena soy, ¡oh hijas de Jerusalén! morena pero codicia-ble!". Incienso y mirra delante del altar. Noche de invocación en la legión Aschanti.

La sacerdotisa, purificándose en cuerpo y espíritu, cubre su bellissimo cuerpo con una frazada y levanta las manos al cielo, mientras todos, incluso el Rey, se postran ante el altar...

En el momento sublime del sacrificio, la sangre dada una vez en el Gólgota según Felipe se funde con la sangre de los suelos africanos para expiación de los pecados...

Concluida la invocación, la gran plegaria se eleva entre el ritmo de tambores y danzas guerreras, para que el Rey y sus súbditos sean librados de la mano del adversario.

La sacerdotisa, purificada ya en sangre y humo se eleva al éxtasis. Esencia sacra que el pueblo venera, más allá de todo, la lujuria, la carne, aunque ciertamente aún en la carne.

El trovador hizo una pausa inesperada para secar el sudor que corría por su frente. El bongó mantuvo su cadencia, intensificándola. Uno de los presentes se puso de pie y empezó a bailar. Dos más lo imitaron.

La guitarra sacudió de nuevo peinando al bongó. Sutil violencia, sutil ardor, pasión sutil...

"Cuando amaneció, cuando amaneció,
Déjeme contarle de cuando amaneció..."

Miles de guerreros cercan al puñado de sol-

dados, sus lanzas inútiles tapizan la arena, y hay violencia en las feroces descargas del cañón, en el asalto indomeñable de miles de negros, y en la sangre derramada sobre la playa impotente ... sangre impotente.

El Trovador respiró hondo ceniza y viento. La guitarra se hizo arrebató, posesión. Halló el matiz del arrebató cuando el bongó hasta entonces pausado, rompió a llorar.

Pero la orgullosa legión británica no pudo avanzar ni un paso. Clavada en la costa a pesar de su poderío, convierte en cadáver a todo un pueblo. Luego hubo una tregua, y un reto.

Escogieron a un guerrero negro y a un soldado blanco, para dilucidar el criminal conflicto: blanco y negro se traban en salvaje lucha; El negro carga sobre su hombro la responsabilidad de salvar toda su herencia; el blanco lleva el legendario orgullo de su Majestad Imperial; (habían convenido en recurrir a este procedimiento los emisarios del Almirante inglés y los portavoces del Rey Ashanti).

“Si ganamos nosotros, ustedes se retirarán para siempre, con derecho a llevarse todo lo que les pertenece. Y por el contrario, si ustedes ganan, nosotros nos someteremos a su dominio...”

El pueblo negro presenció la lucha con ingenuidad, abandonando sus posiciones. Esperó de buena fe el resultado, convencido de que, fuese cual fuese, ya no iba a necesitar el arma, porque el Almirante y el Rey habían convenido... los soldados

británicos entre tanto tomaban mejores posiciones.

“Patria... Patria... ¡Cuánta fechoría hago en tu nombre!

¡Ah, que no vale para un pueblo civilizado ni la honra, ni el sudor, ni la hora brutal! Tales son emociones primitivas.

Fue roto el costado del blanco y se hundió en la arena. En Africa surgió el grito de victoria del héroe, seguido por el clamor del pueblo y de los tambores; que anunciaban la buena nueva al continente..)

Triste nueva. Estallan los cañones. “Y no les contaré de la muerte canalla del ejército Ashanti, porque Dios los dejó en manos de sus amigos, por sus múltiples pecados”.

Los negros lloran. Sudan llanto. Lágrimas de la intimidad de una raza curtida en los siglos. Mezcla de leyenda e historia, confusión de verdades sobrepuestas, atadas, amalgamadas ya sin remedio. Llanto que se desliza por la frente y cae en los ojos.

CAPITULO III

AYER

Pero el valor perdura. El valor que lo trajo a Panamá. Jakel Duke llegó al Istmo con la sangre hecha ceniza. Saludó a la señora Scoot con ansias mal disimuladas. Ella le replicó friamente. Estaba sin duda sorprendida y maravillada de que en tan pocos días él hubiese podido efectuar el viaje, para reclamar lo que había sido de Jonás y ahora le pertenecía. Con solemnidad presentó sus credenciales: la carta de Jonás, la escueta carta de la señora Scoot.

Todavía hubo duda. Entonces dio las referencias acerca de su árbol genético —detalle tan importante desde la liberación— “Hijo de Jonás, que fue hijo de Eustaquio Duque, esclavo liberado por la Reina Victoria, descendiente directo de un príncipe etíope, (quien, una vez libre, no tuvo empacho en usar el nombre de su antiguo dueño, apropiándose, y por lo mismo, sujetándose a los mitos de la raza que lo había explotado sin misericordia) y ninguna referencia a la línea materna.

Cumplidos al fin todos los requisitos formales, y satisfechas las preocupaciones de la Albacea, visitaron al Cónsul de su Majestad, a cuya fe ella hizo entrega de la herencia, calculada por los vecinos como apenas una tercera parte de la suma original, lo cual resultó imposible comprobar porque a Jonás no se le ocurrió especificar la suma en su postrera carta.

Fue valor lo que lo trajo a Panamá, y perdida la herencia, le impulsó a probar suerte en Puerto

Limón.

Costa Rica surgió de repente, brotando del mar. Abordó tierra en el empírico muelle, y se dirigió libremente a la costa. A medio camino Walter lo esperaba, compañero de su juventud, recogido por la abuela de Jakel y criado por ella.

Jakel y Walter crecieron juntos en la casa del viejo escocés, amante de la abuela durante treinta años. El murió sin casarse con ella, por el simple hecho de que dudaba de la tolerancia de sus clientes, porque no hay problema en tener una sirvienta negra y acostarse con ella, sobre todo si es una negra clara. Lo intolerable era el matrimonio, porque ese acto elevaba a la "criatura" al rango de mujer.

Walter esperaba pues a Jakel, lleno de remembranzas y preguntas. Pero lo que más le interesaba era la suerte de la viejecita. Porque el escocés murió en alta mar, cuando regresaba de Londres, hundiéndose con toda su fortuna que a tan mala hora se le ocurrió sacar de los bancos londinenses e invertir en Montego Bay. Luego Jonás, el yerno, se alejó también por la causa que fuera y se murió lejos, dejándola de nuevo sin el derecho de ir al entierro, y por culpa del mar; después de Jonás, Walter, al cumplir los veintitrés años, se consideró lo suficientemente crecido como para abandonar la casa, emancipándose así de la influencia de su abuela adoptiva y acto seguido, alejose en busca de aventuras, o en busca de libertad según su propia

versión; y ahora Jakel, también por el motivo que fuera, se alejaba... y siempre todos allende el mar.

Era como para odiar al mar.

Pobre mujer, Walter. ¿Sabes lo que le dijo a mi madre? que nunca pudo comprender por qué los hombres de nuestra raza aman tan poco.

—Nunca entendió que la amamos mucho.

—Morirá ignorándolo, puedes estar seguro.

—Y no obstante, ella nos ama entrañablemente.

—Es parte de su herencia.

Walter miró al cielo, suspirando. "Maldita sea —dijo entre dientes— es parte de su condenada herencia.

Pero ella ha heredado también sangre blanca. Tal vez por eso no la comprendemos.

Era probable. La historia de su herencia blanca la contó el tío abuelo paterno, dramatizándola en una escena que escuchó mientras, escondido tras las cortinas servía de guarda espaldas a la madre de la abuela.

"El traficante de esclavos, tosió con arrogancia, y, sentado en torno a la mesa, fingía revisar los papeles. El dueño de la plantación estaba visiblemente nervioso, era fácil deducir su estado de ánimo. Al fondo del cuarto su mujer se apoyaba en la pared, pálida como las nubes de St. James en días de sol.

—No, no le puedo entregar a Nicky.

—Me gusta esa criatura, y eso me basta. Yo no le obligué a firmar el contrato.

—Déme un par de meses más por lo menos, y le prometo...

—No, ya le he dado dos prórrogas.

—Le doy cuatro negros fuertes —insistió el amo, a cuya muerte se descubrió que Nicky era para él algo más que una simple esclava, conforme lo reconoció en su testamento, y se sospechó entonces que los hijos de la esclava, lo eran también del Patrón.

Todo fue en vano. La decisión del traficante era inflexible. Al otro día arrancaron a la esclava de lo que había sido su hogar, arrebatándole así a sus hijas; la niña no olvidará nunca los gritos desesperados de su madre, tirada a los pies del amo; vendió el dolor que heredara de sus padres, guardando el secreto. El se limitó a hacer lo que socialmente podía: la incorporó y murmuró algo en su oído (tal vez: lo siento mucho, estoy en manos de este hombre malo, me hará usted mucha falta), dar la vuelta sobre sus tacones y alejarse rápidamente con sus hijos (incluyendo las de Nicky) y su esposa.

—Sí —dijo Jakel— tienes razón. Has acertado en cuanto a que sea parte de su herencia.

—Puedes apostar a eso.

—Amar a muchos con el miedo de perderlos en cualquier momento. Repartir el amor en infinitos pedazos, por si alguno se pierde, se va sin regreso. Luego ahorrárlas a los seres queridos el dolor de querernos, fingiendo

frialdad o dureza. Qué enredo.

—Sin embargo, quiso mucho al viejo escocés, y no se lo ocultaba.

—Eso es porque él era blanco, y por lo mismo exento de nuestras amargas experiencias.

—Ah —Walter ensayó en vano un suspiro— total la Reina Victoria nos liberó y seguimos cautivos.

—¿Te acuerdas de la biblioteca del viejo escocés?

—Desde luego...

—Bien, no es tan mala tu memoria. Debes de recordar entonces lo que decía aquella autora sobre la esclavitud: es un régimen basado en un mito. Se supone que somos inferiores.

—Sí, pero eso es falso.

—Sin embargo lo creen ellos y lo creen algunos negros.

—A los negros les han inculcado eso desde que nacen...

Jakeí suspiró.

—¿Sabes una cosa? Todavía tengo la marca de la molida que nos dio el escocés cuando nos encontró con sus libros.

—Nos dio tamaña molida, y cerró la biblioteca con llave.

—Y quitamos una tabla por detrás...

El murmullo de su risa se unió al susurro del mar limonense, y la suave brisa adornaba al terri-

ble calor.

—Y sin embargo el viejo nos quiso.

—Sí. Como cuando alguien adora a su perro. Sabes, aunque alguien lo quiera a uno mucho será siempre un perro, y no podrá por ejemplo, casarse con la hija de ese alguien.

Walter guardó silencio. Levantó los ojos para dejarlos vagar sobre la infinita superficie marina. Anduvieron un trecho callados.

—Esta noche hay fiesta dijo Walter luego.

—Vaya, llegué a tiempo.

—Así parece.

—Estás invitado, ¿verdad?

—Cómo no: se casa mi mejor amigo.

—Magnífico: tu eres un invitado de honor y yo soy tu hermano.

—No presumas tanto.

—Y lo que más me agrada del asunto es que no será necesario engañar a abuela.

La risa se alejó sobre la cadencia del mar.

Así, pues, más tarde, hubieron de arrastrar sus pesadas botas entre el barro de las calles, con los rústicos pantalones salpicados de lodo, luciendo tirantes, camisa bordada, sombrero de felpa, y llevando en sus manos lo que habrían de lucir durante la ceremonia.

Sólo vio dos edificios a lo largo del camino: el del Cónsul Británico, y el de la Gobernación. Sólo vio dos niños jugando entre un charco y la pequeña choza contigua al templo.

El anfitrión de la casa adonde fueron a cambiarse, resultó ser un hombre de unos cuarenta años, de piel clara. De piel testigo de una noche de orgía blanca. Hijos sin amor, pero orgullosos de su sangre y del color de su piel, cuya importancia social heredaban del sistema colonial británico.

—Pasen... pasen...

—Le presento a Jakel... el hermano de quien le he hablado.

—Ah, claro, claro, bienvenidos.

—Gracias, ojalá que no seamos más extraños.

—Deseo lo mismo.

Se dieron la mano.

—Gregory Swart, más conocido como Greg.

—Y más aún —intervino Walter— como la Bala. Y este otro viejo tonto es Bugle.

—Es un placer.

—Bugle es ciego —siguió Walter— perdió sus ojos construyendo el ferrocarril.

Mientras se vestían llegó otro amigo de Bugle, con idéntico propósito: vestirse para la ceremonia.

—Salve es el director de la orquesta —oyó Jakel— y amigo de todos.

—Sí Bugle, como dicen los paña: Un Cacique.

—Yep, un viejo cheif. Sobre todo si tiene dinero para invitar a los amigos.

La charla se prolongó en el tiempo. El templo, levantado por el padre del novio para la ocasión, lucía completamente lleno. El sermón se acercaba a su fin cuando llegaron ellos. Las manos negras

de las mujeres, cubiertas por los guantes blancos, armonizaban con los abanicos, los vestidos y los trajes.

La novia fue "importada" de Jamaica. Pero no por medio de las Contacto (agencias de matrimonio debido a la escasez de mujeres) sino traída directamente desde Spanish Town con el beneplácito del Sr. Malcolm, padre del novio, evitando así que le sucediera lo que le pasó a Gregory por ejemplo, quién trajo una esposa por medio de una de las Contacto.

Bugle le contaría después que la mujer importada por Gregory resultó flaca y fea, como era casi lógico puesto que se casaban por contrato y por poder, quienes no podrían casarse de otra manera. Y aún agregó un ejemplo para ilustrarle sobre su cultura: la mujer de Gregory fue una mañana a la carnicería y pidió "dos libras de abanico del buey y cuatro de los tubos". Una expresión de incredulidad se dibujó en el rostro del carnicero, y contagió a todos los presentes. En el corredor, una mujer de las que se pasaban todos los días en los lugares de comercio hablando del pasado y de los chismes, llevó las manos a la cabeza para dramatizar su estado de ánimo, exclamando:

—Señor, ¿qué es esto que se me viene encima?

—Perdone señora —el carnicero respondió perplejo.

—¿Qué lo que usted no tiene? Si usted no tiene abanico, véndame los "pisa yerbas".

Los parroquianos no pudieron contener la risa. Solamente Bugle se acercó para explicar que la acongojada mujer deseaba dos libras de rabo de buey y no "abanicos" y cuatro de tripas y no "tubos", que si no tuviera rabo que le vendiese entonces dos patas y no pisa yerbas.

Jakel no pudo contener la risa, y mereció el reproche de uno de los asistentes a la ceremonia.

—¿Y qué se hizo?

—Swart acabó por repudiarla y parece que anduvo de mano en mano hasta que la fiebre acabó con ella.

Punto culminante de la ceremonia fue el dúo cantado por las hermanas Leonor y Crosby Walter. A Jake se le grabaron las palabras de la canción, tal vez por ser las primeras escuchadas de la boca de Leonor.

**Tal como antaño tu palabra fuerte
creando brisa tierra y mar
dígase ahora tu voz los une
y para siempre tu voz perdure**

El señor Malcolm reconoció a Walter e inclinó la cabeza reverentemente.

—Es un viejo tacaño —le dijo a Jakel— pero aparte de eso es buena gente.

Su amistad es muy importante aquí: es uno de los cuatro magnates del pueblo. Los otros tres, con toda seguridad estarán en la fiesta.

Los novios abandonaron el templo bajo unos arcos de palmera que no estaban allí cuando Jakel entró, y una lluvia de arroz del más fino.

Había muchos más hombres que mujeres. Sin embargo, todas ellas permanecieron frente al templo, esperando su turno para ser acompañadas por los doce escogidos celadores.

La voz de Walter anunció por fin que se dirigían a la casa de los Malcolm.

—Todo es importado. Desde la novia hasta el vino y las pasas que usaron en el queque. El gobernador estará presente, téngalo por seguro, lo mismo que el cónsul inglés. Estos dos son también magnates gracias a sus rangos. Luego Salve y Mr. Malcolm completan el cuadro.

Una súbita llovizna obligó al maestro de ceremonias a improvisar por lo menos media docena más de celadoras. El sol, muriéndose en la distancia brillaba a pesar de la ligera garúa.

Durante la recepción le presentaron a los hermanos Walker y enseguida trabó una amena conversación con Leonor. No podía quitar los ojos de su rostro, como sí, con todos los detalles de su físico, incluyendo sus ojos de estrella, y sus blanquísimos dientes, fuese la personificación de la noche. Y él estaba hechizado por la noche.

Le presentaron también al hermano Bow, el que ofició la ceremonia, y desde luego a los novios.

Al fin, el maestro de ceremonias dispuso levantar la mesa y los novios se retiraron para cambiarse

y volver a tiempo para bailar la primera cuadrilla.

Leonor y él siguieron conversando a pesar de la mala cara que les hacía una señora que ella dijo ser su pariente, sin especificar el parentesco, y a pesar de las miradas envidiosas de los demás galanes.

Nunca había visto una negra que sonriera con tanta gracia.

Las encías se asomaban entre los labios, lumbrillo encendido sin recursos artificiales, rodeados del brillo intenso de su piel.

Era una auténtica belleza africana. Rostro y cuerpo autóctono, real.

El vestido realzaba su belleza: cremoso con encajes rosados, descendía hasta cubrir las zapatillas. De la cintura colgaba un cordón rosado en sentido oblicuo que, tras recoger la punta del vestido en un costado, le llevaba hacia atrás. Un sombrero con cortinilla completaba el atavío, junto con el clásico abanico y una joya que pendía de la muñeca enguantada.

Las otras mujeres, poco menos que ignoradas, reflejaban en sus rostros tales expresiones de amargura, que lejos de nublar, más bien realzaban la hermosura de la Walker.

Ella se sabía hermosa. Por esa razón, Jake le insinuó que él no buscaba la belleza física, que cambia con la prontitud con que un "corazón de mujer" cambia de color, sino la pureza de espíritu y la hermosura interior.

Luego volvieron los novios y bailaron cuadrilla. Y sin saber cómo, logró convencer a Leonor de que cantara y se dirigieron a la orquesta.

Salve lo miró pasmado.

—¿Cantar? ¿Cantar aquí? Déjeme decirle esto Jake: usted no conoce a esta gente: esto es un baile. Si toco un religioso aquí es capaz que...

—Toque "Mi tipo de amor", dijo Leonor con sorprendente arrojo.

Por un momento Jake creyó que el Rey Sax estaba paralizado. Sencillamente sus ojos escudriñaron a Leonor como si hubiese hablado en otro idioma. Luego, sus pupilas se dilataron y su boca articuló una exclamación que no pudo pronunciar, porque Jakel, al preverlo, propuso triunfalmente: ¿Qué pasó King Sax, no se lo sabe?

El Rey se volvió hacia su orquesta gritando: ¿oyeron eso muchachos? Duda de nosotros.

Desplegando una asombrosa maestría, introdujo el instrumento en medio de sus labios, y formuló dos notas tentativamente. Luego, sin detenerse enfrentóse a Jakel con exagerada pomposidad para dejarle ver una sonrisa maliciosa.

—Oiga usted lindo: lo que Salve y sus muchachos no saben, lo inventan.— Los músicos se echaron a reír estruendosamente, y el pueblo, regocijado y orgulloso de Salve se unió a su risa.

En el breve lapso inmediato, mientras Salve se volvía hacia la orquesta, para darles la primera nota y girar sobre sus tacones de nuevo encarando el

público, Jakel pensó que iba a hacer el ridículo. Pero segundos después, desde algún lugar más allá del metal, más allá de la garganta, desde los mismos pulmones, o quizás, más allá todavía, surgió la melodía con toda su magia.

Merced al instrumento de Salve, la tensa espera se convirtió en agonía, y se prolongó haciéndose eterna; desde la eternidad de su espíritu, Salve se hacía presente, viviendo su plenitud total a través de su música. Entonces por fin, se acordó de Leonor, y le hizo espacio para que ella entrara en su reino y compartiese su encantamiento.

Leonor se hizo presente:

**Yo te ofrezco, mi gran cariño:
pero no puedo, con compromisos;
porque amor mío, yo nací libre:
y libre siempre, habré de seguir.**

Y la orquesta en coro, rompió el femenino acento, introduciendo sin perjuicio de la armonía un fascinante contraste:

**Vuelve tu sien a mí y escucha atento,
y ven si te —conviene mi amor.**

El coro:

**Vuelve tu sien a mí y escucha atento
y ven si te conviene mi amor.**

Salve, o tal vez no era él. Tal vez, él también era tan solo un instrumento. La altura de las notas, inaccesible a la garganta humana; inalcanzables ellos también, más allá de la realidad. Y de pronto, Salve de nuevo, cruel, imponente... y la voz de Leonor uniéndose al coro, y la canción: muerta ya entre el estruendo del algarabío de los invitados.

Al cabo del clamor unánime, la clara voz de Leonor se destacó, más alta que la orquesta.

El saxofón de Salve, jugueteaba alrededor de la melodía, adornándola de una intensidad casi insostenible. Instintivamente, los invitados comenzaron a bailar.

**Sesos vegetales llevé al mercado
y no los pude vender:**

**toque, toque, toque y pellizca:
y no los pude vender.**

**La noche oscura que se avecina
qué triste habrá de ser:**

**toque, toque, toque y pellizca
y nada pude vender.**

**¡Ah, cuánta cruel necesidad:
ni un penique vendí.**

**ah, cuánta cruel necesidad:
ni un penique vendí:**

El bongó quedó marcando el compás, mientras Salve se secaba el sudor que corría por su cara; los demás instrumentos, apenas perceptibles, daban a

entender que estaba allí sólo para sostener el lamento del saxofón y la terrible cadencia del bongó: tiquitiquititá-ta-ta.

La ovación fue más cerrada todavía. Salve parecía estar bajo los efectos de una droga, estrechando efusivamente la mano de Leonor, la de Jakel, la de Walter, la de Gregory, y las de cada uno de los integrantes de la orquesta... y se mezcló entre sus admiradores para seguir estrechando manos.

Finalmente se dirigió a Leonor:

—Joven, yo sabía que usted tenía una voz encantadora. Pero, a decir verdad, nunca me imaginé que se atrevería a cantar con la orquesta... la felicito.

—Gracias a usted Salve.

—y gracias a Jakel... —dijo guiñando el ojo.

Walter aprovechó el alborozo general para preguntarle a Jakel, qué método había empleado para convertir a una candidata a puritana en cantante de calipsos, en una sola noche.

—En dos horas —corrigió Jakel—. El Baile continuó. Jakel había jugado ya su primera carta, y el triunfo era suyo.

La acercó lo más que pudo, a despecho de las reglas sociales, dándole tiempo para que tomara el compás, en tanto que la mano de ella, puesta en su hombro, unía su presencia acariciante a la demoníaca cadencia de la música de Salve.

Se contemplaban el uno al otro, olvidándose por completo de los demás. Y los demás, pensaban

que era un relajo.

—¿Dónde puedo verte Leonor? Quiero decir, verte a solas: tengo que hablarte de cosas muy importantes...

La expresión en el rostro de la muchacha se mudó de repente; vaciló, luchando por vencer sus propios prejuicios; Jakel esperaba esa reacción.

Aún antes de que ella comenzara a reprimir la sonrisa que brotaba, él sospechó que cedía, aunque era evidente que eso no se admite de una sola vez. Apretó la mano de Leonor suavemente, y concentró en ella su mirada con toda la intensidad de que era capaz, mientras sonriendo, murmuró con aire donjuanesco: no hay prisa Leonor, no te apremio; pero hazme saber tu decisión.

El set siguiente fue otra cuadrilla. Jakel no quiso participar, dejando que ella bailara con otros, para que la idea madurara. Fingió una modesta resignación que divertía a sus rivales, quienes durante toda la noche habían temido un triste desenlace. Triste para ellos. Ahora, mirándole, se consolaban con la suposición de su fracaso, lo cual facilitaba al mismo tiempo las cosas para ellos, al haber logrado sacarla de la dorada nube en que solía estar.

Al fin, Leonor, Crosby y la pariente, dieron indicios de estarse preparando para salir. Jakel no se movió de lugar; se limitó a mirarla, esperando con fe en sí mismo. Leonor se dio por vencida y cruzó la sala para despedirse.

“Más tarde hay luna dijo, y luego en voz alta: FUE UN PLACER HABERLE CONOCIDO. Y en voz baja: vaya a la playa detrás del consulado. “ESPERO TENER EL HONOR DE VOLVER A VERLE.”’ Walt le dirá donde queda. —Aún no me voy— respondió él. “ME AGRADA OIR ESO” —no le diga para qué.

Se había ido.

Una hora después, Jakel notó que la luna comenzaba a salir. Rápidamente llamó a Walter y le expuso la situación.

—Es lógico que ella no quiera que yo me dé cuenta e igual de lógico es que tú me lo cuentes a pesar de ella. Nunca nos hemos ocultado nada. Lo único ilógico en el asunto, es que todos hemos probado sin éxito y tú en cambio, un perfecto desconocido, llegas y logras ponerla a cantar calipso, bailar con ella de cerca, y finalmente, esto.

¡Wow! ¡Bien!, me siento orgulloso. Demuestras que nuestros principios de conquista siguen siendo infalibles.

Pero me pregunto, ¿Cuál fue mi error?

Ambos cumplieron la cita. Ella lucía ahora un vestido sencillo de color oscuro.

—Jake: ¿eres tú?

—Estoy haciéndome la misma pregunta —respondió, sellando la conquista. Yo que he sido siempre libre, estoy enamorado!

En la oscuridad sus manos se encontraron.

—Enamorado de ti.

La luna cumplía con la Ley del universo; en la arena, cerca de la agitada bruma, el cuerpo de ella, un punto de magia; toda magia.

La noche llega para todos. Vivía su momento, optando por no dejarlo pasar. Hay una calma intensa que sigue a toda tempestad, una fatiga que sobreviene después de un largo viaje... y el sudor brotando de la frente, y los pulmones pidiendo oxígeno.

CAPITULO IV
CONOCIENDO

Su hazaña de aquella noche le valió el derecho de incorporarse al grupo. Una semana después fueron de caza, él, Walter, La Bala y otro amigo llamado Sidney quien servía de guía.

—¿Estás seguro del camino?— le preguntó La Bala después de una hora de andar.

—Vergüenza sobre ti man.

Gregory lo miró fijamente, escudriñándole en busca de la verdad. Sidney sostuvo su mirada. No vaciló ni una sola vez: gesticuló con cierta violencia que Gregory no podría haber ignorado.

—¿Qué te pasa Bala? ¿Qué te esta sucediendo?

—Oiga —dijo Gregory ojalá que conozcas el camino. De otra manera te las entenderás conmigo.

—Hey, ¿por quién diablos me toma? ¡Vergüenza sobre ti Bala!

—Y comen eso, dices..

—Sí, la carne es bastante sabrosa.

—¿Cómo se llama?

—Tepescuintle.

—Suena a indígena.

—Yaw.

Se encontraron de repente con un claro en la selva en cuyo centro se erguía una choza. Deteniéndose en seco ante el inesperado hallazgo vieron un niño entre los matorrales. Los miró con tal intensidad que se diría que cesó de respirar, luego huyó desesperadamente en dirección a la choza.

—¡Señor Jesús... Jesús —gritó Sidney— sostenga los perros Bala.

—Muchacho, si se nos escapan no le dejan ni los huesos al pequeño amigo.

—Gregory, mira lo que estás haciendo, si se te van estamos en un lío.

—¿Un lío? Apuesto la oreja a que se armaría más de un lío.

—¿Y qué se supone haría yo con una oreja tuya?

Entretenidos domeñando los furiosos canes, no repararon en la presencia de un viejo que se había acercado para ver la causa de tanto alboroto. Sólo oyeron su grito de terror y los pasos alejándose a toda prisa, y los nombres de todos los santos y las siete maldiciones del demonio.

—¡Eh!, ¿Se asustó el hombre?

—¿Asustarse? Muchacho, el pobre corría para salvar su vida.

—Ahora va y le cuenta a los otros que se encontró con los canibales.

Quedaron contemplando al viejo que llegaba a la choza. Su mujer y el niño esperaban en la puerta, y los metió sin perder el impulso, cerrando la puerta tras sí.

—Bueno, sigamos con lo nuestro.

—Un poco más y soltamos los perros.

Poco después soltaron a los canes y casi enseguida desaparecieron entre la tupida vegetación persiguiendo la presa frenéticamente.

Al poco andar se encontraron con una hermosa muchacha, apenas a unos pasos delante de ellos.

Estaba a la orilla de un pequeño arroyo lavando su ropa. Lucía una camisa de amplísimo escote encima del cual se podía ver la mitad de sus senos. Amarrada en una punta, la falda de pintorescos colores, dejaba apreciar sus pies desnudos, deformados por las callosidades. Cerca de ella colgaba de un árbol un velo negro con el cual —ellos dedujeron— cubría su espalda.

Ocupada en sus quehaceres, o tal vez por el murmullo del arroyo, o quizás el ladrido distante de los perros, no advirtió la cercanía de ellos hasta que se encontraban a pocos pasos.

Palideció primero, y presa de pánico, tiró la ropa, huyendo después, mientras gritaba cosas que ellos no llegaron a comprender.

—Eh, eh, ¿qué es lo que les pasa sah?

—Así son ellos, viejo.

—¿Quieres decir que son tan atrasados?

—¡Eh!, ¿no te has dado cuenta de que son pañas? Debes ir a casa un día para que Bugle te cuente la historia de lo que él ha visto: esto no es nada. ¿Por qué crees que estamos aquí? ¿Por qué Masah Keith nos quiere mucho?

Los perros ladraban con renovada furia; los hombres se lanzaron a través de la marasma, tratando de dar con ellos. Ya cerca, se dividieron estratégicamente, deslizándose entre la densa vegetación.

Hubiera sido fácil matar al tepescuintle, pero del charral surgieron seis campesinos, empuñando

sus cuchillos con actitud amenazante; los ojos encendidos, más rojizos que los pañuelos que llevaban en sus cuellos; la boca contraída, la frente tensa.

Gregory no disparó como era debido. Avanzó estúpidamente hacia ellos con una expresión de idiotez en el rostro, y antes de que ninguno pudiese reaccionar, sucumbió bajo el filo de los machetes.

Walter fue el primero en disparar, luego Sidney, y finalmente Jake.

El tepescuintle salió de su escondite y se detuvo lo suficiente para haberle matado de un tiro, luego se perdió entre el jaral, perseguido por los perros. Detrás de él, huyeron los restantes cuatro campesinos.

Sidney había errado el disparo; ni siquiera pudo herir a ninguno. Atendieron rápidamente a Gregory que agonizaba; uno de los campesinos yacía muerto y el otro gravemente herido.

—¡Vamos! —gritó Sidney.

—No podemos dejar a estos dos así.

—Mire Jake, guarde su misericordia y huyamos antes de que ninguno de nosotros vivamos para contar la historia.

Gregory murió de camino.

CAPITULO V
LA HERENCIA

Ahora, los recuerdos inevitablemente, Miss Ann, los tres detenidos en la tibieza impura de la brisa, respirando mañana, tolerando involuntariamente la humedad del barro, Clif, Miss Ann, expuestos a la calma senil del viejo, casi crueldad (estoica crueldad, noble, altruista, pero crueldad al fin. Es una especie de capacidad humana que permite admitir la verdad sin velos. Es fuerza interior que hace al hombre desplazar el epicentro) en la dulzura del campo que es a la vez sinfonía y silencio;

—¿Qué dice?

—Ann, ha llegado la hora... mi hora

—Pero, por Dios Jakel... usted tiene apenas setenta años... ¿Cómo se le ocurre? Es cierto que está un poco enfermo pero...

—Ann, Ann, entiéndame. Pasé mi vida pidiéndole a Dios que me hiciera conocer el número de mis días. ¿Me entiende ahora lo que he querido explicarle? Tómelo por cierto: a Mangonía no vuelvo en esta... en esta vida por lo menos.

¿Quién hubiese creído las palabras del abuelo? Quién habría sido lo suficientemente ingenuo para aceptar una tesis tan descabellada?

La lata de cacao que se balanceaba sobre la cabeza de Miss Ann, cayó súbitamente golpeada por el aserto del abuelo; la blancura del cacao manchó la gris negrura del barro. La almohadilla que ella usaba para amortiguar el roce del metal, cayó también; pero ni Clif ni ella creyeron las palabras del abuelo. Nadie recogió la carga. El abuelo no hu-

biera podido, Miss Ann no podría haberse rebajado a tan mezquino acto cuando su Jakel hablaba de muerte, y Clif por su parte estaba estupefacto;

Jake, Jake... una súplica... un canto... una oración... Hubo algo inalcanzable en el tono de voz empleado por ella, algo que tal vez trascendía el tiempo de Clif. Quién iba a creerle? Hubo más. Algo acerca de la Iglesia y algo de las enseñanzas de la Logia. Un grito nació muerto en la garganta de Miss Ann, una hormiga roja salió de su pelo, y anduvo brevemente sobre el negro brillo de su frente. La aprisionó, haciéndola pedazos.

—Ann, por Dios, la muerte es tan natural como el nacimiento.

Pasamos de una dimensión de existencia a otra. Eso es todo, usted lo sabe.

Los dos profesaban tal credo. Acaso por eso mismo, no creían que el abuelo se moría. Delante de la noche, siempre desfila el día. ¿Quién iba a creerlo?

—Está bien, Ann (Sonrió, imaginense, sonrió. Cualquier viejo ante su muerte y sonrío: ¿Quién iba a creerle?)

—Ann, no abandone la fe.

Clif reanudó su marcha en pos del abuelo, por el mismo camino pedregoso que él recorrería años después con su familia, tratando de contener las lágrimas.

Pasaron por los puentecillos, la escuela, la casona del latifundista y se detuvieron en la estación.

Y a pesar de no creer las palabras del abuelo, Clif lloró silenciosamente. De modo que su visión de la fachada de la oficina del Jefe Político, estaba empañada de gotas salinas. Y allí, esperaron la llegada del tren, a la misma hora en que, catorce años después, los vecinos suelen aguardar su arribo.

“Nada en la historia del Abuelo, justifica mi regreso. Nada. O ¿sí? Si se trata de vender la finca, no era necesario que retornase, trayendo conmigo a toda la familia. Y si se trata de cultivarla, nunca presté atención a eso, y los catorce años en la ciudad no me ayudaban. La verdad es que he venido...”

Recuerdo todo, todos los mil cuentos dignos de recordarse. Pienso en ellos, pienso en el entusiasmo del viejo al contarlos, en el esfuerzo que hacía para que yo comprendiese la verdad —su verdad con todas sus implicaciones.

Un mes después de que se hubo ido lo volví a ver. Observó detenidamente su hidalga figura tendido sobre la cama, sus labios en ademán de discurso, como si quisiese dictar en una sola y sublime oración la larga historia de penurias y de angustia: murmuraba sentencias inaccesibles. Ajeno a todo. Ni siquiera pudo reconocer la voz de Grace su única y tan estimada hija. Sus sienes, plateadas por el paso de la vida, parecían anunciar el fin de una biografía.

A todas luces, era evidente su ausencia. Lo que ví en la cama era solo el cuerpo vencido. Yo

podía afirmarlo: lo había visto alejarse gradualmente en los últimos meses. Ahora, aquí por fin, el momento de la verdad. Estalló en mí una desesperada negación de los hechos desde lo más recóndito. Y hallando fuerzas, quizás en mi propia exasperación, realicé un intento heroico para obligarle a regresar —de donde quiera estuviese— regresar a mi realidad.

—Abuelo, abuelo... soy yo: Cliff, ¿No me reconoces?

Diría que el tiempo se detuvo. Mi madre ocultó los ojos, en tanto que un silencio intensísimo se extendió por toda la sala. Creo que los corazones de cuantos estaban en la sala, se trenzaron en una oración ferviente...

Luego, el tiempo recobró su secuencia y los ojos del viejo se iluminaron, como si hubiera vuelto de algún sitio, más allá de la materia. Una sonrisa débil, perceptible solamente a los ojos de quien como yo hubiese vivido cerca de él durante muchos años, iluminó el rostro. Ya no había duda, estaba presente.

—Abuelo... soy yo: Clif.

Pude palpar la sensación de alivio que se extendió por toda la sala cuando la sonrisa irrumpió en su rostro, y rejuvenecido dijo con vigor difícil de igualar:

—¡Hola, hola!

Por mi parte, no pude contener mi alborozo, y las lágrimas empezaron a fluir. Porque esas pala-

bras no eran solamente la afirmación de lucidez, sino la afirmación del afecto: era la fórmula usada por nosotros en nuestras conversaciones. Tomé su mano y las mantuve entre las mías temblando de emoción.

—Abuelo... me alegro de verlo... de volver a verlo...

—Bueno, bueno...

Con tales palabras completó aquella fórmula. Y junto al eco de su voz que se esfumaba en el rincón más alejado, algo se desgarraba dentro de él al comprender por algún inexplicable mecanismo, que esas palabras eran de despedida.

Me alejé de la cama lo más rápido que pude. Las lágrimas, reprimidas hasta el cansancio se desbordaban ahora, incontenibles ya. Oí mi nombre en la tierna voz de mi madre:

—Mamá —le dije— él ya no lucha. ¿Has visto? Ya no lucha. No quiere vivir: está harto de todo...

Apoyé el antebrazo en la fría pared del hospital. Cerré los ojos.

Cerré los ojos fuertemente, como si con eso pudiese detener el tiempo; para que nunca sucediere el presente, para que no aconteciese el futuro.

De repente esa tarde empecé a darme cuenta de la trascendencia de todo lo que me dijo la mañana cuando abandonó el pueblo.

—Bien sabes Clif que la tierra pertenece a una familia que nunca la trabajó. Pero también ten

presente que, si yo no hubiese tenido un título que me la acreditase, no podría legarte el derecho de explotación, pues eso es lo que vale un título. La tierra hijo, no es posesión de nadie en particular, sino de todos. De Dios en todo caso. Los que tienen títulos no son sino mayordomos, autorizados para explotarla en beneficio colectivo. Y yo te la hubiera legado con la condición de que llegaras a merecerla mediante el trabajo. Nada hemos traído al mundo. Clif. Y nada podemos llevar con nosotros, salvo, ¿sabes qué? la poca experiencia que acumularemos. *reencarnación?*

Esas palabras tenían ahora un significado diferente. Ya no era el discurso ceremonioso de un viejo mecánico frustrado, sino una profesión de fe: eso era lo que él había tratado de dramatizar en su vida, para que me sirviera de ejemplo. Apoyé la otra mano en la pared también. Mis pies protestaban contra el maltrato del cuero, mis rodillas se negaban a soportar el peso de mi cuerpo, y el cuerpo, abandonado por el aire sucumbía irreversiblemente, y el aire se convertía en un intenso ardor visceral. La boca se me secó agrietando la garganta; trataba de decir algo, justificar mi estado de ánimo. Mi cabeza se había convertido en un infierno, los ojos nublados por el llanto, hecho sal.

Insalvables ya, mis ideas caían una a una. En efecto, el viejo se estaba muriendo; sus dedos tibios probaban dolorosamente ese hecho y la negación de esa realidad, tras convertirse en gigantes-

ca protesta, cavó más hondo que la conciencia misma, superando lo superfluo hasta adquirir proporciones gigantescas y no cupo en sí misma: estalló junto a la cama del viejo.

¿Qué factores lo llevaron a la muerte? ¿Quién será culpable?

Mi madre me llamaba. Suplicándome que volviese, que recuperara la plenitud de la consciencia externa. Abrí los ojos para mirarme en los suyos, y darme cuenta que a pesar de todo, me quedaban esos ojos, y esa cálida mano suya que presionaba mis crespos cabellos, por encima de la temporal angustia el timbre musical de su voz; a pesar del dolor, la dulzura de su llanto. El frío corredor servía de contraste, el piso de mosaico, las gradas, las enfermeras, que pasaban a nuestro lado con indiferencia; una cosa y la otra, sucesión sin tiempo, viviente y vibrador, muestra inevitable con nuestra congénita necesidad de vivir y llevar a cabo las responsabilidades innominadas que nuestros abuelos nos confiaron, de perpetuar nombre y raza para los hijos, y los hijos de los hijos, y los hijos de los hijos de los hijos, y los hijos de los hijos de los hijos de los hijos y los..

—Ya se me pasó mami...

Grace suspiró con expresión de alivio.

—Ya se me pasó —recalqué— no te preocupés.

—Qué susto me has dado muchacho.

—Sí, pero ya pasó.

—Te reconoció ¿verdad?

—Claro: no oíste cómo me habló?

—Sí, siempre ocuparon esas palabras para comunicarse.

Sonreí con sentida tristeza. Era verdad.

Salimos por fin a la fría calle, y abordamos un taxi. Ella se inclinó para besarme en los labios. Avanzamos en silencio. Las lágrimas caían sobre su vestido, mi pelo hacía presión contra sus negras mejillas.

Tenía las manos sin vida, casi hechas piedra. Filtrándose por la ventana, el viento acariciaba sin tregua, oreja y oído, dotándoles de la lividez de las manos.

Ahora, recordaba todo, todo el pasado que se moría esa tarde, los restos de una cultura descendiendo a la tumba junto a sus deudos, donando generosamente seis pies de tierra para cada uno.

Nos hospedábamos en la casa de Crosby Walker, una casa de adobes, calada, más vieja que la anfitriona. Ella salió a recibirnos, estirando las líneas seniles de su rostro. Correspondimos con una sonrisa.

—¿Cómo está Jake?

—¿Qué te diré Crosby? SO-SO!

El taxímetro se alejó evitando los huecos de la maltrecha calle. Un poco de agua lodosa salpicó a una señora, lo cual fue motivo suficiente para que ella mentase la progenitora del taxista.

—Pasen, pasen...

Cerró la puerta tras sí: la noche caía.

CAPITULO VI

LA VID

Aquella noche, tras nuestro regreso del hospital, nos sentamos Crosby, mi madre y yo, en silencio. Sabíamos que el abuelo agonizaba, pero no osábamos admitirlo. Entonces mi madre se lamentó de no haberse casado antes, y nos relató quién sabe por qué los sucesos de un paseo en compañía de un antiguo novio suyo llamado Clovis.

—Grace —le dijo el novio mientras escuchaban, el uno al lado del otro, el arrullo entusiasta del mar— he estado pensando en nosotros. Quiero decir, he pensado seriamente. Usted es de una familia respetable; conozco bien a sus padres, y por el tipo de persona que es usted, puedo poner mi mano sobre brasa y jurar por usted.

Ella clavó la vista en el suelo. Una huella profanaba la simetría de los surcos de arena. En cada uno de los surcos, había conchas blancuzcas; más allá, una grama de cocos diminutos, atrofiados en la lucha de la vida. Detrás de la pareja, la mayoría de los compañeros del paseo, jugaban a la pelota.

—Y bien que mal se puede decir que desde un principio usted y yo, hemos compaginado en cierta forma, y no podrás negar que hay cierta afinidad entre nosotros.

Grace Duke, alzó la vista para contemplar el agua.

El mar embestía la costa con el furor característico, levantando inmensas olas. Entre la blancuzca bruma, el extremo de un tronco parecía contar las mil tragedias causadas por el imponente

Atlántico. Y ella pensaba en todo aquello.

—En vista de eso —continuaba Clovis— y trayendo a su atención el hecho de que algo he hecho en la vida, pues tengo una finca, que si bien no produce todo lo que debiera, sí da lo suficiente para vivir cómodamente dos y eventualmente tres personas, y aún daría para cuatro modestamente”.

Al frente de ellos, el cielo descolgaba en el infinito. Las sombras de las palmeras, morían en la costa; una nube semejante a un abanico, flotaba bajo el intenso celeste y se reflejaba en el agua; majestuosa, fascinante.

—Clovis, ¿De qué me está hablando?

—Lo que he estado tratando de decirle es que todo lo que he mencionado, y también las experiencias que hemos tenido, nos dan motivos suficientes para garantizar la benignidad de garantizar... perdón, de unir nuestros destinos.

—¿Qué?

—Unir nuestros destinos como hombre y mujer.

—Espere un momento Clovis... déjeme ordenar mis ideas.

Si mal no entiendo, me está proponiendo...

—Le estoy pidiendo que sea mi esposa.

Otro motocar pasó rápidamente, haciendo el mismo ruido que el anterior. Al mirarlo alejarse hacia el Puerto, Grace reparó en el rótulo: Compracao Limitada.

Era un momento de profundidad. Hora de de-

cisión. Frente a ella la figura curiosa pero de apariencia madura de aquel hombre; dentro de su ser otra figura se delineaba y se esfumaba insistentemente: Cliffton, padre de Clif, sus manos sobre el bongó. La voz romántica, pasional. La vida vibraba en su totalidad en el pecho de aquel hombre apuesto. Ella era la novia, el único amor. Oscurecía. La soledad los acercaba hasta mezclar su aliento: piel y piel, sudor fundiéndose con sudor, sudor hecho lubricante, y durante todo este tiempo murmuraba ardientemente: te quiero, te quiero, eres mi amor, nunca se te olvide...

Se estremeció. Igual que se estremecía ahora. Era una sacudida propia de su enfrentamiento a la muerte. Tenía que sobreponerse.

El viejo agonizaba. Y adonde se habría ido el necesario aplomo, el aguante, el valor heredado de su padre. El valor puro y altivo con que miró fijamente a Clovis aquella tarde, como si fuera a desarmarle con la mirada, y pensó y pensó un NO definitivo.

Frío, calculador, el aspirante se había anticipado a su pretexto: "Ya sé que tiene un hijo. Eso no es problema. Me haré cargo de él.

—Clif no sería ningún problema —respondió con un gesto de orgullo— el muchacho es apegado a sus abuelos y ellos lo adoran. Pero no sé: tengo que pensarlo.

Grace se puso de pie. Los compañeros al acabar sus juegos se dirigían a la choza. La pareja

emprendió camino tras ellos.

—No tiene que responder ahora, está bien. Piénselo por el tiempo que crea conveniente. Es mejor estar segura de sí misma.

“Pensará que está negociando —se dijo ella— Ni siquiera insinuó cariño. Ni tampoco dio muestras de tener interés en una pronta respuesta: “Piénselo por el tiempo que crea conveniente”. Dios mío: ni en el caso de un negocio puede alguien ser tan indiferente. ¿Creerá que me muero por él?

Resonaban en sus oídos acaso las palabras dichas por una antepasada e intuída por ella a través de la sangre; las mismas palabras citadas por Jakel y Walter y transmitidas a Clif, el heredero; palabras producto de la observación, de la sabiduría empírica, del conocimiento intuitivo. “No sé por qué los hombres de nuestra raza aman tan poco”. Pero en contraste con esas palabras surgía poderosa y sagrada la cara negra que ella amó tanto, castigada por el fuerte sol. Las manos aferradas a la cerca, los pies firmemente posados sobre una enorme piedra. En el potrero, dos vacas pacían tranquilas el fruto de la tierra, guayabas, hierba y pedazos de caña.

“Por qué Dios mío, no lo podré entender nunca”.

“Clifton, comprenda”.

“Todo lo que sé es que vamos a tener un niño, y ya es hora de que tomes tus propias decisiones.

“Es cosa de esperar un poco”.

“Esperar a qué? Yo soy un simple músico, pero también soy medio carpintero, medio albañil y sé bastante de mecánica. Puedo ganarme la vida. Puedo mantenerte a ti y a mi hijo. Por qué no podemos casarnos?”

—¡Oh Clifton, ¿qué puedo hacer? No estoy en condiciones de hacer demandas: ellos me quieren”.

—“Yo te quiero Grace: yo te quiero”.

Ella también lo amaba, lo amó siempre.

Por eso ahora al enfrentarse tan inesperadamente con una proposición de matrimonio de parte de uno que había sido su hasta hoy amigo, ella jamás pensó siquiera remotamente en esa posibilidad. Seguía aferrada a la muerte que arrebató a Clifton. Caminaba al lado de Clovis con ánimo distinto; un estado de hondo conflicto.

Un muchacho de unos doce años, salió de la casa y se apresuró a saludar a los visitantes.

—Espero hayan gozado los señores —dijo— y mi padre y mi madre desean lo mismo.

—Gracias muchacho, es una gentileza de su parte.

✓ Es un placer —comentó Clovis mirándole con orgullo— hallar a un niño tan respetuoso en esos días. Porque los niños actuales “son sobre todo, temerariamente irrespetuosos, y eso debido a las nefastas ideas de quienes se dedican a predicar que los negros debemos de asimilar la cultura local”.

—¿Y están errados?

—Somos negros, no se olvide de eso. Tenemos que conservar nuestro idioma cueste lo que cueste.

—¿Nuestro idioma? ¿Cuál es nuestro idioma?

—¿Pues el inglés desde luego!

—Yo no estoy tan convencida como usted acerca de eso.

—Somos de Jamaica, ¿no?

—¿Yo nací aquí!

—Eso no es el quid del asunto. Yo nací en Jamaica y me trajeron siendo muy niño, sin embargo me siento más jamaicano que usted.

Para mí, eso no tiene importancia. Lo realmente importante es la raza, el derecho de sangre que nos liga a Jamaica como herederos.

Es el caso de los judíos: dispersados por todo el orbe encuentran su unidad en la raza, en la religión y en las costumbres.

—Clovis, ¿no se le ha ocurrido pensar que de acuerdo con su filosofía somos africanos, y esa nacionalidad es la única que podríamos reclamar por derecho de sangre?

—No, no se me ha ocurrido pensar en eso, porque perdona que se lo diga, pero sería un disparate. Nosotros no somos africanos en cuanto a la nacionalidad, sino en cuanto a la raza. Y por la raza también, somos jamaicanos, con mayor derecho. Es rebatible cualquier reclamo por parte nuestra sobre África, pues, todo derecho posterga en la tercera generación, y es sustituido por uno nuevo o renovado de acuerdo al curso de la Historia. El derecho

de llamarnos africanos, se ha perdido ya. La esclavitud superada, el derecho a la raza y las costumbres quedaron resagados, mientras, simultáneamente, nuestros padres adquirieron el derecho de ocupar las islas caribeñas y usar la lengua de la raza que nos había conquistado. En estas tres generaciones que se inician con la nuestra, habremos dado otro paso: conquistar el derecho de autogobierno.

Grace olvidó por un instante el asunto que estaba sobre el tapete. Reflexionó después precisamente en que ese fue su error.

Antepuso las ideas a las emociones.

—De modo que así piensa usted— dijo un poco airada —esa lengua, ese cúmulo de influencias anglosajonas, impuestas violentamente... El viejo también antepuso sus ideas y es por eso que —si la versión de Clif era objetiva— ahora agonizaba. Pero la verdad es que ¿quién iba a olvidar cómo, en

“Tierra Ashanti, rompió en la brisa el furor de mil cañones?”. ¿Quién iba a olvidar las lanzas inútiles que tapizaban la arena, la sangre indígena derramada sobre la playa impotente?

Hubiese sido necesario no haberlo sabido, o tal vez más bien, no era un problema de conocimiento sino de comprensión; la dimensión gigantesca de la sangre derramada por ellos, los horribles castigos

infringidos a los padres, todo eso, levantado en alto ahora por los hijos. No. "Miseria justicia Clovis: renegar en beneficio de quienes nos explotaron en el pasado y lo siguen haciendo. Pero, bueno. Supongamos que usted tiene razón. Supongamos que la equivocada soy yo. Qué me dice en cuanto a la verdadera doctrina sustentada por quienes predicamos estas ideas?

—¿Usted?

—La vid, Clovis, no se olvide de la vid. Ha ignorado ese detalle en sus consideraciones. No podemos dar fruto, porque no estamos unidos a la vid: ha sido cortada y por lo tanto nosotros estamos ¡separados! y vamos perdiendo poco a poco la cultura antillana.

Desunida al tallo, nuestra generación, que yo llamo la segunda, para designar como primera a la de papá y tercera a la de Clif, nuestra generación, repito, no puede dar fruto.

—Hemos fructificado.

—¿Fructificado? Aparte de sembrar, cosechar y volver a sembrar, ¿qué hemos hecho? Reconozcamos que a la primera generación le correspondió lo más difícil, pues le tocó dominar la tierra, y admitimos que la nuestra ha hecho demasiado poco.

—Hemos conservado la cultura, la religión y el idioma, y para ser justos, tenemos que reconocer que eso ya es bastante.

—Eso es relativo al punto de vista. Porque papá me contaba la historia de un grupo de vendedo-

ras de bamí que iban camino al mercado, cuando a dos de ellas se les abrieron las canastas. Una de ellas se detuvo, y buscó en el vecindario aguja y mecate y cosió su canasta, para que no se le perdiera ninguno. Pero la otra en cambio amarró la canasta con su pañuelo y echó a correr lo más veloz que pudo. Varias unidades se le cayeron de camino, mas cuando llegó al mercado los clientes estaban esperando, por lo cual no tardó en vender lo que le quedaba.

“Por el contrario Clovis, la que reparó su canasta llegó de última, cuando la capacidad adquisitiva del mercado estaba ya agotada. Una sola virtud tuvo ésta: conservó todos sus bamíes.

“¿Comprendes mi punto? Eso nos sucede a nosotros: nos hemos detenido para remendar nuestras canastas, en el afán de preservar lo que tenemos, negándonos el derecho largamente conquistado, no por sangre, sino por trabajo. Aunque por sangre también.

—¿En qué quedamos?

—Lo que quiero decir es que no por herencia basada en la sangre, sino por el trabajo y la sangre derramada en el proceso. Pero nosotros seguimos tercos, aferrados a nuestra estupidez y el resultado es obvio: la pereza, el vicio, la carencia de inquietudes cívicas.

—Yo no haría afirmaciones tan categóricas.

Era notorio el nuevo estado de ánimo que los sobrecogió. Separándoles en vez de unirlos. Gra-

ce recuerda su indignación, sus palabras, el tono de voz: "Acúseme de exageración y concedo que hay excepciones.

Pero lo único que nuestra generación ha tomado seriamente es a Joe Luis.

Admiramos en él lo que nosotros no hemos sido, ni seremos nunca, creyendo compartir la gloria del héroe, pero más bien, aumentamos la suya; denunciábamos al mismo tiempo nuestro propio ostracismo".

—Cada uno de nosotros tiene su valor Grace.

Pero ella no hablaba de ese valor, y él bien lo sabía. Grace comprendió que el intento de evadir lo que era la clave del asunto se debía a la falta de argumentos sobre el punto.

La diferencia entre ellos, en cuanto a su manera de pensar, era notoria.

El, heredero, esforzándose por conservar lo que pudiera de la tradición, y ella, heredera también, ¿dispuesta a renunciar a la herencia si ello fuese necesario, por el bien de su hijo?

—Entonces Grace, usted nos aconseja que renunciemos a la herencia.

—No es eso. Lo que yo digo es que no debemos legar lo mismo. Es necesario que echemos abajo la base de nuestra cultura, porque está podrida por la falta de savia renovadora. Nuestra mediocridad ha creado el estancamiento en que estamos; ha creado los problemas económicos, comunales y sociales...

—¿Sociales? ¿Problemas sociales?

—La desocupación...

—Los problemas sociales, Grace, fueron creados por nuestra propia indecisión.

—Sí, muy bien dicho: la indecisión, producto de...

—Las ideas erróneas como las tuyas. Lo cierto es que antes, nadie pasaba hambre: ¿por qué?

—Entre otras cosas, por los buenos precios...

—A como yo veo las cosas hoy día, ni los mejores precios podrían resolver los problemas económicos de la región. En cambio antes, cuando aún nos considerábamos jamaicanos, cultivábamos la tierra con mayor ahinco. Jamás faltó el pan cotidiano. No comíamos arroz todos los días como ahora: comíamos ñame, yampí, dashin y cuocó, fruta de pan, sesos vegetales, arraroot, tés de yerbas, chocolate casero, etc. El aceite de coco se sacaba en cada hogar, y el almidón se extraía de la yuca por esfuerzo propio también.

Cuando los precios subían, vivíamos como reyes. Y dígame lo mismo cuando la cosecha era buena. Por el contrario, cuando los precios bajaban o la cosecha era mala, lo pasábamos bien. ¿No es verdad?

Nunca hubo hambre Grace. Pero comenzamos a imitar a los pana y a perder las costumbres tan beneficiosas que teníamos y hoy comemos arroz y frijoles pasados por agua, chile dulce, coliflor y otras cosas de esas, y pan todos los días al desayuno y al

almuerzo, y tortillas de vez en cuando, y café todo el santo día del Señor; podrán ser sabrosas, pero sólo benefician a los ricos terratenientes de "allí arriba" y nos empobrecen a nosotros. ¿Comprendes? ellos no comen ñame, y tampoco quieren aprender. Y nosotros, con todo lo tontos que somos, sin reparar en el valor nutricional de nuestra dieta tradicional, corremos a consumir los productos de ellos. Y luego le dice uno eso a cualquier negro, y le contesta: es cierto, ¿sabe? — y sigue su cuita sin mover un dedo para ayudar a corregir el mal. Se han vuelto perezosos tus hermanos. La mayoría han perdido ya la cultura heredada, por propia culpa, porque han estado asimilando demasiado de la cultura local: la del cholo, condenado a vivir siempre como está, sin aprender nunca, ni una jota, ni siquiera en los dos tercios de siglo que llevan viviendo a nuestro lado han aprendido a vivir en casas con piso, siguen habitando chozas construidas en forma primitiva, sin más piso que el suelo. Y ahora, blancos y negros, van a comprar jaleas al chino, fabricadas en San José, desperdiciando los miles de guayabas que yacen en los potreros, pudriéndose, menospreciadas aún por las bestias que las ven como cosa muy común en su alimento diario.

—Todo eso está bien, si vamos a discutir costumbres. Pero yo dije ideas, Clovis, i-d-e-a-s. Además no me refiero a los cholos, sino a los habitantes de la Meseta, que poseen una cultura exquisita que nos ha superado en muchos aspectos. Aparte del

ridículo que hacen cuando bailan...

—Nos han superado Grace? En el arte de cocinar, en el de vestir...

—Repito Clovis: me refiero a las ideas.

—Acaban de apedrear una Iglesia protestante, en una ciudad de la meseta...

—Esas cosas son comprensibles: Heredan eso. Papá me cuenta todo lo referente a la Inquisición española...

Ese no es nuestro camino Grace.

Nosotros no descendemos de España sino de Jamaica. El tono de voz era casi una amenaza. Clovis parecía capaz de pegarle, de tratar de meterle a golpes sus ideas.

—Usted sigue con su Jamaica. Jamaica debe ser puesta en nuestro museo. En cuanto a nuestra nacionalidad se refiere, ha muerto

—Santo cielo: ¡qué blasfemia! las venas de su nuca se dilataron, se puso de pie. Los compañeros de paseo volvieron a ver a la pareja, sospechando que habían reñido. Clovis sonrió, disimulando su disgusto.

La refrescante brisa marina acarició los crespos cabellos, sacudiendo también las hojas de las palmeras. Grace aspiró fuertemente, reconfortándose con el regalo de la impredecible naturaleza de los llanos.

Dos señoras, abrieron sus loncheras, y comenzaron a consumir su almuerzo; el hijo de los anfitriones pasó anunciando que había suficientes pipas

para todo aquel que quisiera refrescarse conforme había dicho su papá.

Grace aspiró más brisa, llenando sus pulmones de frescura. Pensó en el largo... El largo había hecho su cuarto viaje a Jamaica, quedándose tres meses. Recorrió todo el país, observando los cambios que se habían operado, y, a su regreso contó con un sin fin de detalles, lo relativo al milagro de la Nueva Jamaica.

Y a pesar de haber quedado impresionado y orgulloso de su tierra, no quiso quedarse. Enfatizó que, salvo el hecho de que todos los jamaicanos seguían tendiendo su ropa en los solares y en los techos, las ciudades y villas que él había conocido en su juventud, eran prácticamente irreconocibles.

—Ya no es nuestra vieja Islita —les había dicho— es un país progresista. ¿Saben una cosa viejos? Creo que yo no podría vivir allí ahora: no podría abrir camino.

¡—La vid Clovis, no se olvide de la vid. El pámpano, separado de la vid, y la única esperanza es un injerto... —dijo en voz baja, casi sin querer, como si de veras le importase quedar ayuno de su único pretendiente serio—; los demás no hablaron nunca de matrimonio, y eso no era de extrañar puesto que ella tenía un hijo extra matrimonial.

—... conservar lo bueno, absorber lo mejor. Esa es la consigna para todos nosotros: hombres y mujeres, curtidos en el dolor, en el sufrimiento, en el amor al prójimo y al suelo. Porque amarnos ha

sido una necesidad. Se han roto nuestras canastas: echémonos a correr.

—Eso es una fantasía propia de una revista femenina. ¡Está bromeando Grace! Yo quiero que usted me ponga atención mi buena amiga: el negro tiene futuro en este país.

—No puede tenerlo mientras no hable el idioma oficial, ni sepa entender a los demás. Un injerto Clovis: eso es exactamente lo que necesitamos. Savia nueva, un poco de savia nueva y verá cómo damos fruto.

—Eso no es así, por más que usted me diga.

—Piense Clovis en la ventaja que supondría tener dos sistemas visuales, uno adelante y el otro atrás. Sería una gran ventaja, ¿no? Pues bien: eso mismo sería nuestro caso si tuviéramos las dos culturas, amalgamadas, unidas de tal manera que nos permitiese ver el mundo en perspectiva.

—Yo no orientaría a mi hijo por ese camino: es demasiado peligroso. Puede disiparse.

Sí, encuentro de ideas. En eso se notaba su herencia. Era una Duke. El viejo agonizaba. Tocaron a la puerta. “Dios mío —pensó— el telegrama”.

Ella no recordó la vez cuando Jakel, el tío Walter y otras dos personas se internaron por Chirripó en busca de un tigre que asolaba la región. Descansaban en una islita cuando el agua del río comenzó a subir.

“Era lógico partir lo antes posible. Pero mien-

tras se alistaban, el río creció asombrosamente y adquirió una coloración kaki, característica de los ríos de nuestra vertiente, denunciando que en alguna de las regiones que cruza, llovía.

Jakel y Walter se lanzaron al río sin parar mientes en las posibles consecuencias, y por suerte, alcanzaron la orilla sin novedades.

Los otros dos, gracias a su blandenguería, se queraon presos en la isla, nada menos que por veintidós días de un señor temporal, y hubieran perecido, si unos indios de la región no los hubiesen ayudado; por eso fue que, al hallarse de pronto frente al rostro ansioso de Clovis, hablando de matrimonio e ideas peligrosas, reaccionó así.

—Sin embargo, sigo creyendo que los jóvenes acabarían en nada si se imponen esas ideas en el ambiente. Y la triste verdad es que hay muchos que piensan como usted.

Grace aguantó el deseo de decirle idiota, necio, terco, mediocre y otras cosas.

—No somos sino sombras Clovis, no tenemos nada que perder. Sombras movidas por la luz, movidas por el objeto. No hay en nosotros nada estable, nada sólido: mantenemos nuestra pose, aferrados a la tierra sin mirar el cielo nunca. ¿Ve usted Clovis? Ese sería nuestro primer problema: la educación de los hijos.

—Pues...

—Necesito pensarlo Clovis.

—Sí, comprendo, piénselo por el tiempo que

guste. No la apremio.

Ahora, sentada en la casa de Crosby, sin haber probado siquiera un bocado, se estremecía al oír un toque en la puerta. ¿El viejo agonizaba, o había muerto?

SEGUNDA PARTE

CAPTULO VII
INCOHERENCIA

Mientras la hija y el nieto se debatían en los planos intelectual y emocional, el viejo se debatía entre la vida y la muerte física.

Todo, todo presente, todo completamente actual; las imágenes del entonces que rielan en la llanura y el ahora, presentes, sobrepuestas las unas a las otras; los árboles que caen en todas direcciones, el machete y el hacha, el brazo fuerte de los labriegos, abriendo la selva virgen, y la selva, cediendo al impulso civilizador.

Era como si le pasasen una cinta delante de los ojos, como si le reprodujeran con exactitud toda la historia desde otra dimensión.

Podría entender ahora el valor de sus compañeros de entonces: lo positivo, lo negativo, lo absurdo. Las interminables e inútiles polémicas del Largo y de Pete Mc Forhes:

—Casi hemos terminado —gritó el Largo.

—Nos falta un día de trabajo.

—Y.. ¡un día es un día!

—No sea usted tonto: un día es siempre un día.

—No siempre: ha habido días que se han reputado como dos.

—No hable basura.

—A los tontos todo les parece basura.

Así fue siempre; tenían energías de sobra para emplearlas en cuanto quisieran: del trabajo a la broma; las discusiones huecas, carentes de sentido común, y las mujeres.

Ahora, él ya no tenía ese aplomo. Al contrario, la cohesión de sus pensamientos, era cada vez menos sólida, las imágenes fluían en interminable sucesión, y él se comprendía allí, viviéndolo todo de nuevo, quizá por última vez.

De pronto escuchó la voz de Gretel, su esposa.

—Jakel, Jakel...

Y era de mañana, y la voz de su esposa: buenos días Jakel.

Y era el mediodía, y en el silencio de la finca, escuchaba la voz de su esposa con acento de Dios: Jakel, Jakel.

Y era de noche, y las sombras se tendieron sobre el pueblo, como lo habían hecho por todos los milenios y escuchaba la voz de su esposa, cálida, suave, —Jakel, Jakel— sublime estado de delirio, dimensión distinta que, al delinearse en perspectiva, recogía el ayer con toda su fuerza: la figura de Gretel cruzando el puente sobre el arroyo San José, moviéndose rítmicamente, danzando el ballet de su raza, que baila siempre.

Apenas apoyaba los pies en los polines, como si temiese confiarles el peso de su cuerpo, sus ojos fijos en el trayecto...

El apoyó su cuerpo en la caña que llevaba, con sofisticada elegancia, y la dejó venir hacia él... hacia la vida.

La ha querido intensamente, y le hubiera gustado tenerla ahora a su lado, para compartir también las últimas experiencias.

Aunque tal vez ella estaba allí como aquel día en la iglesia, radiante de orgullo, respondiendo serenamente: el blanco velo cubriéndole los ojos.

—“Yo Gretel, tomo a este hombre por legítimo esposo...”

“Jake, Jake...”

La necesitaba ahora. Con ella había compartido todo: la satisfacción de cada logro, el dolor de cada fracaso.

Evocar ahora las cosas de ayer, la tragedia y el dolor intenso. Aquella vez por ejemplo cuando celebraban el décimo aniversario de bodas y la prosperidad les sonreía, siendo octubre, aún no se había iniciado la temporada de los grandes aguaceros. Pero insperadamente hubo una inundación.

“Jake, Jake, allí vienen los otros” —ya voy Gret— dijo y se unió rápidamente a los otros. Rondaban el pueblo para ayudar a los viejos y a las mujeres solas.

—¿Cómo te fue Jake?

—Todo perdido viejos. El agua entró a la casa hasta la altura de la rodilla.

—Sí, y es que tu casa está en un bajo.

—Bueno, eso es parte del asunto intervino Pete. —Pero recuerden que el Profeta Jeremías...

—Mira Pete —interrumpió el Largo según la costumbre— déjate de profetas ahora.

—Pero el profeta...

—Ninguno de nosotros necesita un sermón en este momento: es hora de empezar nuestro trabajo.

Pete, tú puedes ir a ver si se le ofrece algo a aquella señora; yo iré a esta otra casa, tú compañero, vete a ver al viejito, y Jakel puede ir a casa de Miss Ann. ¿Convenido?

—Está bien Largo, pero sabe que...

—Por favor señores; no discutan ahora —rogó Jake.

El caudal de sus lágrimas ya secas para siempre. La vida le faltaba, la luz decrecía, la sangre se le había concentrado en la planta de los pies. Pero le era absolutamente necesario pensar en la húmeda mañana ahora, en la casa de Ann tratando de sonreírle.

—¿Cómo se encuentra Ann? ¿Como la ha tratado la llena?

—Bien. Es decir, he tenido que matar una culebra que encontré en la sala, y sacar un zorro a escobazos, pero aparte de eso todo está bien.

—¡Ah Ann! —suspiró moviendo la cabeza.

—¿Te ríes de verdad?

—No; me río contigo Ann; contigo.

—¿Conmigo dices? ¿no es esa una ocurrencia simpática?

—Tú te ríes de la vida.

—Yo río contigo;

—Entonces juntemos nuestras lágrimas —dijeron en coro, y ríamos juntos.

Tu vida está llena de abrojos

mi mundo lleno de dolor;
entonces juntemos nuestros sufrimientos y
ríamos juntos.

—¡Ah! Ann, esta no es hora de reír, ¿verdad?
—sin embargo ellos tenían el valor de reír y de
bailar en medio de toda adversidad.

Le faltaba ese valor ahora. Porque en ese en-
tonces tuvo el aplomo para decirle a Ann lo que
todos sabían:

—Hemos perdido nuestros medios de vida.

—Sí, sí —suspiró— decir eso es decir poco.

Se quedaron callados. Sus corazones latían con
un solo compás la angustia de su tragedia se pro-
longaba en la fría mañana, socavando su terca per-
severancia.

—¿Quieres algo “de afuera”?

—Sólo canfin —respondió ella tristemente. Ja-
kel pensó que iba a llorar.

—¿Estás segura? ¡Bueno! ¿Te fue muy mal de
verdad?

—Estoy arruinada Jake, con todas las letras
en mayúscula.

Otra vez guardaron silencio. Sus corazones
constreñidos por la pena que los embargaba, las pa-
labras no podían expresar sus sentimientos.

—Creo que me voy Jake.

—¡Te vas! ¿Por qué todos quieren irse? La pre-
gunta le había parecido lógica hasta ahora. Pero ya
formulada se le antojó cruel.

—Jakel, ¿te parece poco lo que nos ha pasado?

—No somos gallinas Ann: somos gente curtida en las dificultades. Es nuestro deber enfrentarnos a este revés y superarlo.

—Esto es algo inusitado. Piensa Jake: una inundación en pleno sol. Imagínate lo que eso significa. Tres días de sol, y de repente... ¡bluff! todo bajo agua... Las bestias ahogadas, la cosecha quemada completamente, los productos almacenados, aún los que estaban dentro de la casa: barridos. Y los niños, pienso en ellos, expuestos al constante peligro. Cualquier día, cuando menos esperamos: ¡Bluff!, de nuevo y ¡o. k.!

—Pero Ann: hemos jugado esta partida por mucho tiempo, para abandonarla ahora. Hemos luchado contra todos los reveses por todos estos años, hemos hecho de esta región un lugar habitable, es tarde ya para abandonarla. Mucho menos podemos hacer eso sin siquiera combatir.

—¡Jake, —llamó El Largo desde la vía férrea: ¿qué le está haciendo a Miss Ann?

—Hasta luego Ann, luego hablamos.

—Sí, venga cuando tenga tiempo y lo discutimos. Salude a todos en su casa.

Luego fue el suplicio: el chino había cargado un veinte o un treinta por ciento más de lo normal a todos los productos. Y ellos, totalmente impotentes, y el Jefe Político indiferente a todo, porque según él, el chino cumplía las sagradas leyes capitalistas de la oferta y la demanda. La ley capitalista,

arrastrada, lejos de ser superada todavía; quedaba tan sólo la oración al Dios de Consuelo, y el dolor compartido en amor. La fe ciega, sin preguntas, la Promesa hecha una vez para siempre, y Dios, el mismo Dios de la Promesa: impotente. ¿Impotente? ¿Dios impotente? Y la recompensa para la vida eterna. ¿Impotente? O, acaso, atrapado por sus propias leyes; la libertad versus la justicia; y el mal, relativo a todo bien, relativo a todas las virtudes; aún el mal, ¿un bien necesario?

La larga jornada, presente, las innumerables heridas, los cadáveres de casi todas las bestias del pueblo, los animales salvajes y los domésticos, todos, reunidos y enterrados en fosas comunes, junto con el sudor, la lluvia y los dedos llagados, enriqueciendo la tierra. Los dedos entumecidos, la cena fría servida por Mr. John, y más fosas y más entierros y más dolor y más ruina.

La noche fue un manojo de encanto. El agua de canela, calentada sobre una improvisada estufa, supo a gloria. También sabían bien los gruesos pedazos de dashin, cocinados en espuma de coco: delicioso rundown hogareño.

“Ah —quiso decir— Bendita Gret. La necesitó ahora”.

Y ahora, el hambre... El hambre nefasta: la muerte, acercándose gradualmente, la respiración entrecortada, la sangre traicionándole, las manos y los pies terriblemente hinchados, el calambre...

—Señorita, señorita —llamó una voz varonil.

—Sí, ¿qué fue?

—Este señor se está ahogando.

—¿Cuál?

El moreno.

—Un momentito, ya voy.

—Pero señorita, ¿se está ahogando!

El pecho subía y bajaba sin control, sin el acostumbrado compás. Un intenso dolor recorrió su cuerpo, y después, no sintió nada. Era como si se hubiese librado de su organismo.

Desde la distancia, escuchó las voces, como ruidos apenas perceptibles. Los oyó, durante lo que le pareció una simple fracción de segundo, y después, dejó de escucharlos. Pero a pesar del tiempo que a él le pareció tan breve, se dio perfecta cuenta de lo que acontecía.

—Señorita, este pobre moreno se está ahogando.

—Ya voy, ¿no me ve que estoy ocupada?

Jakel reparó en su ocupación: buscaba la última palabra para completar un crucigrama.

La protesta de los demás pacientes se hizo sentir. La enfermera se dirigió hacia la cama de Jakel con cara de disgusto.

Se detuvo frente al moribundo tratando de sobreponerse a su enojo: empalideció y pidió ayuda a su compañera. Alguien dijo que llamaran al doctor para un caso de emergencia...

—Gret, Gret, ¿adónde estás? tus cabellos plateados en el transcurso de los años, tu cara palidu-

cha, curtida por las innumerables penalidades, tu mano temblorosa, sirviéndome el té de menta y pan blanco sin mantequilla.

—¿Comió Grace?

—No, pobrecita. Dijo que prefería esperarte pero se ha quedado dormida.

—¿Y no la vas a despertar?

—No, pues: ella no lo aprobaría.

Probó el té y sonrió complacido. Dejó transcurrir unos instantes y luego, armándose de valor, lanzó la gran pregunta:

—Gret... ¿quieres irte?

—¿Irme?

—Sí: irte a Jamaica.

—¿Ya te cansaste de mí?

—No mujer, no seas tonta. ¿Qué me has hecho tú para que me canse? Lo que estoy tratando de decirte es que la inundación nos ha dejado en la ruina. Tenemos suficiente para irnos, y allá tengo la finca que me dejó mi abuela. No sería difícil que...

—Jakel, yo no quiero irme. Pero si tú lo prefieres haremos lo que dispongas. ¿Bien me conoces!

—No es eso mujer. Yo lo que quiero es que tú estés contenta.

—¿Ah! en ese caso, déjame aquí.

—Pero los planes forjados en la juventud suponían nuestro regreso.

—¿Y tu sudor Jakel? la sangre derramada muchas veces. Las heridas innumerables que he cu-

rado con tanta devoción.

—¡Buen Dios!; la tierra en la cual has puesto toda tu vida...

—Cualquier día el gobierno nos lo quita y ya está.

—No Jake: bien sabes que no va a pasar eso.

—Si quisieran lo harían.

—¿Y por qué habrían de quererlo? Nadie puede con esta tierra aparte de nosotros. Si hubiesen podido, hace rato estaríamos de vuelta.

—Gretel, piensa en Grace...

—Ella estudia español. Ya tiene las bases suficientes para no dejarse arrastrar.

—Y nuestros huesos Gret.

—¡Sean también parte de la ofrenda! Tal vez con todo el sacrificio y el esfuerzo que nos ha costado, hayamos ganado le derecho a la tierra para nuestros hijos.

—¡Gretel... Gretel! —dijo con solemnidad— benditos sean los años transcurridos desde la hora en que te conocí!”.

Percibía el canto de voces naturales; voces de sapos y grillos, voces multiplicándose en el devenir del tiempo, voces de la historia humana. Las imágenes de todo eso, fluían, fluían, en cadena prolongada, metamorfosis del tiempo.

Y no se explicaba cómo había sido todo lo estúpido que fue, pues no tuvo el valor suficiente para abandonar la tierra, habiéndose enamorado de

ella al extremo de renunciar a la relativa seguridad que pudo haber conseguido para sus años posteriores, con sólo haber regresado a su jamás olvidado St. James. Y todo se debió a su corazón: su ingrato corazón que aprendió a amar. En ese instante empezaron los recuerdos de la infancia. La figura polifacética de Jonás su padre meciéndolo en aquel columpio que a su ruego había construido, y el niño pateaba alegremente, deseando convertir ese momento junto a su padre, en una eternidad. Conforme bajaba y subía, quería renunciar a la tarea impuesta desde los diez años, de hacerle compañía a la abuela, después de la muerte del escocés.

Después de todo, ella tenía a Walter.

Pero una vez antes, él intentó regresar al seno del hogar. Se mudó y lo instalaron en su viejo cuarto: sus padres no ocultaban su contento. Pero a los pocos días fue a visitar a su abuela y la halló triste, peligrosamente triste, como si hubiese renunciado a la vida.

Más tarde conversó con Walter al respecto.

—Tu ausencia es la causa de su estado aunque ella no lo confiese.

—Pero Walter, tú estás aquí.

—Aburrido.

—¿De ella?

—No, ¡de ella nunca! Enfermo y cansado de mis aburridos juegos solitarios. No sé cómo es que tú estás tan feliz.

No lo dijo, pero él tenía a su padre. A Jonás, con todo lo cobarde que era, a Jonás con toda su hipocresía para con los blancos; lo tenía con su inmenso amor.

No encontrando otra solución, regresó a la casa de su abuela. Una semana después, la viejecita estaba tan chispeante como siempre.

Una vez más se enfrentaba al dilema: la pugna entre su lealtad a la vieja y al hermano que necesitaba de él, y al cariño cotidiano de sus padres. Y unos y otros habían adoptado una actitud totalmente pasiva, dejándole a él la decisión.

Jonás cantaba una tonada de las favoritas:

Pase la bola y la bola circule
Juancho manda que circule la bola.

Luego estuvo nuevamente en el hospital. No en el pensamiento, sino de hecho, en la esencia misma de su ser, que se movía en el tiempo sin los límites del espacio: todo vivido, todo real, todo presente.

Le habían ajustado un aparato sobre la nariz, y la respiración era menos difícil ahora. Sentía algo caliente en su pecho, pero él no podía determinar lo que era. Ni siquiera podía mover la cabeza para mirar a la enfermera que se hizo rogar antes de atenderle: le hubiera divertido haberla visto. Cerca de la ventana, tres médicos se consultaban con apreciable interés, mirándole de vez en cuando.

—Doctor —dijo una temblorosa voz—
vuelve en sí.

Los médicos se acercaron. Entre ellos había una doctora, y Jakel pensó que era demasiado joven para estar metida en la ciencia médica.

Comenzaron a examinarle. Era evidente que le hacían un reconocimiento concienzudo, y eso también lo agradecía, aunque pensaba en el fondo que todo sería inútil, y tampoco deseaba que fuera de otro modo.

Se entretuvo mirando a la joven doctora, lo cual le pareció una estupidez, dadas su edad y las circunstancias, pero la mirada inocente de la joven trigüeña, los ojos grandes como los de su amada hija, las manos delgadas, la sonrisa serena y benévola, le habían impresionado favorablemente. Algo dentro de sí parecía decirle que la conocía, de alguna manera, de alguna ininteligible manera.

Completando el reconocimiento, uno de los doctores se dirigió a él, en perfecto inglés:

—¿Cómo te sientes viejo?

—“Más o menos”.

—¿Cómo te sientes viejo? —repitió la pregunta como si no hubiese oído la respuesta—, ¿mejor?

—“Más o menos bien”.

—Es extraño —dijo una de las enfermeras— sus ojos se encienden cuando usted le ha-

bla, pero no responde.

—“Claro que los oigo —gritó Jake— los oigo y respondo”.

Pero todo siguió igual.

—“¿Qué les pasa —volvió a gritar Jake— ¿no me oyen?”

Las expresiones en los rostros se modificaron ligeramente. Presintió una nueva serie de exámenes y cerró los ojos fuertemente. “Quédense con su problema —creyó decir— no estaré aquí”.

Por última vez pensó en Clif, el nieto que él había lanzado a abrazar la tierra natal. La misma tierra que nunca decidió si quería o no a los negros.

Una vez antes visitó San José, la misma ciudad en que ahora agonizaba, y que, curiosamente parecía preocupada. Recuerda sus pasos por las calles capitalinas, su apremio por una necesidad fisiológica.

Tocó en una puerta.

—Aquí no hay excusado.

Tocó en otra puerta.

—No puedo prestárselo negro: se asustan los niños.

En el último instante, antes de que la puerta se cerrara alcanzó a ver una gavacha blanca.

Siguió caminando. La urgencia es cada vez mayor; suda frío.

Al fin recobra su valor. Los ojos duelen terriblemente y el medio cuerpo amenaza estallar.

Toca en otra puerta.

—No... no, lo siento mucho.

Dos niños que jugaban en el patio huyen detrás de la casa.

—Pero negrito... vaya al cuartel. ¿Sabe dónde queda? le voy a dar la dirección.

Pero lo domina su condición animal. La razón amputada o suspendida, el cuerpo hermano de todas las cosas, y sobre los hermanos pesan leyes implacables.

Entonces ve un lote desocupado...

A la salida le espera un policía y los habitantes del barrio. Nada impide su arribo al cuartel.

El oficial había estudiado en Europa y sabe inglés.

Comprendo su situación perfectamente —dijo jugueteando con su bigote— pero debes comprender la mía: afuera hay un grupo de gente simple que sostiene que los negros son unos cochinos. Hay que buscar algún arreglo.

Se levanta se dirige a un cuadro que cuelga de la pared.

—¿Lo conoce?— indaga— ¡Es el presidente.

—He visto fotos tuyas.

—Hay que buscarle alguna salida a esto: yo no te quiero encarcelar.

Golpea sus puños sobre la pared, y se vuelve súbitamente hacia el escritorio.

—¡Ya! —dice— ¡Ya tengo la solución! Paga la multa que tendrías que pagar de todos modos, luego ordenaré que te den una pala y vas a enterrarlo. De allí sigue a la estación y asunto arreglado.

Multa o propina, Jakel cumplió las tres partes de su humillante sentencia.

Y años después a la hora de la muerte no tenía empacho en pedirle a su hijo que se integrase a esa sociedad, aún sabiendo lo difícil que es cambiar cualquier cosa en una sociedad narcisista. Pensó en Clif por última vez y cerró los ojos.

CAPTULO VIII
UN PROBLEMA DE AHORA

El cortejo entra serenamente al camposanto. Los deudos y amigos, y todos los demás integrantes de la comitiva, desfilan con lentitud, cubriéndose del imponente sol con sus sombrillas y paraguas. Al depositar el féretro sobre la fosa, el ministro anglicano indica la última etapa de la ceremonia.

Prorrumpe un himno, desde el silencio de cada uno de ellos. Uno de los presentes se tiende sobre la caja, llorando desconsoladamente su tardío arrepentimiento.

Luego el ministro llega a la culminación de su mensaje: una voz que dicta desde el cielo, una mano que escribe en la tierra: Bienaventurados los que mueren en el Señor: han descansado de sus trabajos. Inmunes ya a las inclemencias del tiempo.

Estrada se queda quieta un instante. El mundo queda quieto un instante. El tiempo se suspende: la cara de Grace y la cara de Walter y la cara de Gretel y la cara de... bueno-bueno.

Clif apretó el telegrama entre sus manos, mirando la estoica resignación de su madre. Lo abrió con disimulo para leerlo de nuevo: sobre las palabras impresas por una mano anónima, vio las de su abuelo:

¿Eres costarricense?

—¿Lo eres realmente? Ese es tu problema Clif, es tu problema ahora”.

El muchacho repetía entre dientes: bueno, bueno, bueno...

CAPITULO IX

BRUTUS

Recuerdo una vez cuando mi esposa me preguntó de qué había muerto mi abuelo, y yo le respondí a secas: no murió, lo mataron, tal vez allí estaba el motivo, la verdadera causa de mi regreso. Y eso explicaría también la posesión de la pistola. Pero no justificará por más vueltas que se le dé el hecho de haber traído a la familia. No.

Trescientos ochenta días antes de la agonía de abuelo, el sol desecaba los huesos con implacable furia, la humedad era sofocante. Por la vía tapiada de polines caminaban cuatro respetables gentil-hombres. Jakel Duke, Mayoral de la iglesia, Pete Mc. Forbes, celador de la iglesia. Howard Bowman, honorable oficial de la logia, y Clovis Lince, joven y prominente agricultor local. Se dirigían a una trágica cita, convocados por una venerable anciana, hermana de fe y de lucha.

—Bienvenidos hermanos: pasen.

—Qué tal la vieja hoy? tiene buen aspecto.

—Sus ojos le engañan querido amigo. Pero tomen asiento, ayúdense caballeros, ¿por qué los hombres son tan torpes?

—No se acongoje por nosotros, nos avenimos. ¿Se siente mejor?

—No, ¡que va!, yo no tengo remedio. No, no siempre hay remedio: hay males incurables.

Hubo un tenso silencio, en que nadie osó responderle: ella había hablado con tanta convicción, con más firmeza que la que jamás habían oído. Luego, dijo:

—Los he convocado señores, porque los voy a dejar muy pronto. La vida me está faltando hermanos.

—Pero si usted...

—Por favor hermano: soy yo quien ha convocado este consejo.

La razón es esta: no dejo herederos. Quiero que se encarguen de mis bienes y del dinero que tengo en los Bancos y que intento legar a nombre de los cuatro para que sirvan de depositarios. Una parte la dejo a la Escuela, la otra parte para que me hagan una buena tumba y para costear los demás gastos de entierro y si sobra algo ustedes tienen derecho a una recompensa por su abnegación.

—Aceptan?

—“Hermana no tienes que preguntar eso. Estamos para ayudarnos el uno al otro.”

Jakel Duke fue designado presidente del Comité. Nunca debió haber aceptado, pensé muchas veces de muchacho, pero también me preguntaba qué método le hubiese hecho sospechar lo que habría de suceder.

La muy amada por todos, murió a su debido tiempo. Una hermosa muerte entre cantos de fe y esperanza: su cara quedó impregnada de una sonrisa, y sus últimas palabras hablaban maravillas indiscriptibles.

Ellos cumplieron fielmente con todo lo estipulado. Pero luego, una noche, uno de los compa-

ñeros del Comité dijo entre tragos y amigos, que Jakel se había apropiado de una parte del dinero de la occisa.

Ese fue el golpe fatal. Había podido aguantar la inclemencia de la tierra, los mercados variantes, los propios fracasos. Pero siempre mantuvo su nombre sin mácula. Jamás se apropió de lo ajeno, y más bien creía, y así lo declaraba sin ambages, que el hombre no es dueño sino de su propio destino, que es tan sólo un mayoral sobre la tierra y sus frutos. La tragedia de despertar una mañana y descubrir que a los setenta y resto de años, su nombre había sido pisoteado, aunque no manchado, ensuciado por la ignominia de uno de sus mejores amigos, era demasiado para el corazón. Y Howard Bowman, convertido en Judas, perdonado por su culpa, pero no eximido de sus responsabilidades: restituir la limpieza del nombre que manchó, reponer la pérdida que iban a sufrir los deudos. Porque, aunque la muerte es inevitable, nadie dudaba que el viejo, cansado del mundo, se precipitaba a ella en forma prematura.

Y yo conocía otras cosas que ignoró el abuelo.

Un domingo por la mañana el Consejo nombrado por la anciana, se reunió sin Jakel, con los celadores de la iglesia, para discutir la manera de acabar con el feo rumor que se había propagado. La puerta fue dejada abierta en forma accidental, lo cual me permitió oír parte de la conversación.

—Yo digo esto señores: nuestro hermano aquí

presente, insiste en que Jakel se apoderó de una porción del dinero.

Nosotros damos fe de su palabra.

—No es justo —protestó Pete condenar a un hombre sin dejarlo defenderse. Llamemos a Jake.

—Ha dicho que no tiene que rendirnos cuentas.

—Y está en lo cierto. Pero si se le pide de parte de la iglesia un informe...

—Tenemos que ser drásticos con esta clase de cosas, porque perjudican el nombre de la iglesia.

—Jakel ha cometido un error: tenemos que... Hermano has el favor de cerrar esa puerta.

El viejo nunca se enteró de esta otra parte. Por lo menos, no por boca mía, porque pensé que haberlo sabido, hubiese sido más de lo que el viejo podría resistir. De repente todos olvidaron los veinte años de servicio en el Comité de la comunidad, los cincuenta años de compañerismo y lucha, y un nombre sostenido limpio por tantos años con sobradas muestras de probidad, fue ensuciado ahora en forma tan ruin.

Por eso digo que en realidad él no murió: lo mataron. Cuando alguien vive por la honorabilidad, y ese prestigio —tan solo eso— lo mantiene apegado a la vida; cuando el interés en el mundo depende del milagro de haberse creado un nombre, se mata haciendo desaparecer los generadores del interés. Eso fue lo que hizo Howard Bowman. Era un problema de rivalidad, tal vez nadie sabía eso. Todos vieron cómo abuelo lo levantó del despres-

tigio, liberándolo de los oscuros mitos que lo rodeaban, lo presentó a los ojos del pueblo cubriéndolo con su propia aureola, y eso le bastó para ganarse la indulgencia popular primero y la respetabilidad después.

El papel de Judas le correspondió a Bowman. Y lo ejecutó con espantosa frialdad, golpeando al amigo en el sitio a donde más doliera "Brutus, Brutus, aún tú".

Aún él. Mi esposa me miró con una tenue sospecha dibujada en su rostro. Yo acuso a Howard Bowman de asesinato, con complicidad de otras personalidades del pueblo, porque la ceguera de ellos permitió la propagación de las noticias falsas que habrían de precipitar la muerte del viejo. Nunca entendieron que la única gloria perdurable es la que emana de la rectitud. Cosechar la gloria pasando por encima de espaldas ajenas, y con ello aplacar temporalmente el deseo de ser. O seguir el camino que evita escapar definitivamente de la ley de compensación histórica, siguiendo la rectitud. Tal vez la disyuntiva.

Ahora pues, estamos en casa. Tengo mi pistola. Tengo pluma y papel. Mi familia no pasará necesidades —salvo las típicas de todo ambiente rural. Y sobre todo cuento con la resolución jurada a orillas del río. Y regreso con el irrefrenable aplomo de todos los Jakel, de los Walter, de los Bala, de los Bugle...

Bien presentes resuenan las palabras del Abue-

lo, las que pronunció con tanta solemnidad la mañana cuando partió de Estrada.

—“Clif, eres negro. Eso no te hace superior ni inferior: sencillamente te hace heredero de miles de años de persecución, y por lo mismo hallarás en tu ser reacciones incomprensibles. Y si bien los negros no éramos un pueblo —los europeos tampoco lo son— hay un punto de encuentro entre nosotros que está creando de muchos pueblos, uno. Un punto de encuentro Clif. Es algo más profundo que la piel. Somos hombres curtidos Clif, eso es el asunto. Curtidos en el dolor y en el sufrimiento. Los pueblos curtidos son... son más hondos. Pero Clif, antes que negro, eres hombre. Cuidate del odio”.

CAPITULO X
DESDE EL PRINCIPIO

Estoy de pie frente a la ventana. Las cosas siguen igual que siempre. Tal vez así fueron desde el principio: la lluvia torrencial creando suamos y el verdor del llano; los mosquitos que hieren la piel, el quejido parco del mono; las bestias que regresan de las fincas cargadas de enormes sacos de cacao, avanzando a duras penas entre el espeso barro, mientras sus lomos se cubrían de piel cada vez más callósa; los aguerridos agricultores detrás de las bestias, predicando en silencio su mensaje eterno: que todo lo que fue volverá a ser, incluso la gloria de antaño, mientras que yo, y todos los jóvenes, al observarlos perdiendo terreno en su lucha contra la adversidad, sin la ayuda del gobierno largamente prometida, y la ya inútil esperanza de mejores precios y cosechas.

Yo miraba y pensaba en todo eso desde la ventana.

El eco sin tiempo ya de la voz del abuelo, regresaba desde la tumba perdida: sangre luz emanante desde el ayer y el mañana, yo, Clif Duke, descendiente de jamaicanos, pero no por eso con menos derecho. No por misericordia ni por obra de benefactor alguno, por derecho propio, ganado, no por mí ni por los de mi generación, sino por los viejos, y en cierta forma también por la segunda generación contando la suya como primera.

"Porque nuestro advenimiento a este país, no tiene nada degradante, puesto que llegamos libres; no para ser explotados sino para trabajar la tierra;

la tierra hostil, imperio del Reventazón y del Chirripó, virgen y salvaje, libre y violenta, apenas habitada por mestizos o indios, de una cultura muy primitiva, y ellos, dominados por la región, no dominantes como corresponde a los seres humanos.

Porque cuando Dios creó el mundo, encomendó al hombre el dominio de la tierra, y el señorío sobre todas las cosas, constituyéndole en mayoral; toda la inmensa llanura, más allá de la capacidad física de los habitantes de la meseta, y si hubiese sido sólo por ellos, esta región seguiría inculta; sólo los negros podían resistir. Era necesaria la presencia de una raza curtida por el dolor, un cuerpo probado con fuego, resistente a las inclemencias de la Madre Naturaleza, apta para el trabajo recio, para que dominase la llanura, rescatándola para ellos.

—Pero abuelo, ¿Por qué?

—¿Por qué brilla el sol, y por qué la tierra produce, y la lluvia cae sobre buenos y malos...?

—Y, ¿no se morían los negros?

Abuelo suspiró cuando le pregunté eso. Era el meollo de su tesis. La sangre da derechos. El sacrificio de los negros, según él, al haber ofrendado más de lo que los dólares podían pagar, obligaba a la tierra que, necesitando, los llamó. Pareció sumido en el pasado, casi ausente cuando empezó su relato: Y dijo que en una tarde igual que en millones de otras tardes, los hombres habían concluido su diaria labor y regresaban, caminando

aperezadamente a lo largo de la trocha.

“Quinientas varas adelante esperaban los pequeños carriles de tracción humana, que les habría de llevar de vuelta al campamento.

Al llegar a los vehículos, los impulsaron hacia el campamento. A ambos lados de la vía se alzaba como muros, el imponente verdor de la selva. No notaron que el puente había cedido, hasta que el primero de los vehículos se descolgó de la vía cayendo al fondo de la cuenca.

Los que venían en el siguiente, tuvieron tiempo de saltar, antes que su vehículo corriera igual suerte, pero los ocho ocupantes del primero, se precipitaron con él.

El único de ellos que salió con vida, fue Bugle; pero quedó ciego por uno de los golpes recibidos en la cabeza”.

—¿No se morían los negros?

Estaba transfigurado, elevado a lo sublime. En sus ojos los destellos de la luz irradiaban con vehemencia. Y habló de la mañana fresca, del viento suave, y del tormento vigoroso de los hombres...

“Destroncaban ese sector con especial ímpetu. Habían estado trabajando durante cuatro semanas sin recibir su salario, porque el gobierno no tenía recursos para pagarles. Pero por la mañana al oír que el pagador vendría en el transcurso de esa misma jornada, renovaron sus bríos.

Uno de los capataces se acercó al ingeniero inglés, para exponerle el peligro que corría uno de

los compañeros, pues un árbol alto parecía en peligro de caerse, debido a que los mecates se estaban rompiendo. Pero el ingeniero echó un vistazo desde lejos y dijo con asombrosa frialdad: "el mecate resiste, sigan". Y comentó de paso cuán orgulloso estaba de las cuadrillas esa mañana. Para él todos ellos eran simples fichas; si alguno faltaba lo sustituían con idéntica eficiencia.

Debajo de uno de los árboles quedó uno de los compañeros esa mañana, aterrado por una estaca."

—¿No se morían los negros?

A veces he dudado de si era en realidad el abuelo el que expuso estos relatos. En verdad eran profundos, acertados, dinámicos. Cómo dramatizó toda la fuerza de la fiebre cruel, despiadada, que se caba el cuerpo varonil; las manos tías al apuntar hacia el horizonte servían de marco a los labios petrificados en la vana palabra final.

"El mundo se aleja gradualmente, las ilusiones hechas ceniza, junto al lecho del moribundo, pisoteadas por los que velan su agonía; en una villa distante, muy distante, la madre espera, la novia aguarda, los hijos prolongan la esperanza de volver a tener la cotidiana presencia de su padre a la hora del desayuno: esperarán para siempre. Los ahorros, apropiados por alguien, los labios cada vez más secos, la palabra, calcinándose entre sus dientes, y ni siquiera la oración balbuceada en el último instante, cobró forma, ni aún la súplica postrera por un vaso de agua, pudo salvarle de un proceso vital inexora-

ble, y manos negras —palma blanca— cerraron sus ojos para la eternidad”.

Todo era necesario: la angustia, el dolor, las viudas negras, los huérfanos”.

—Y a pesar de todo eso —le dije, sobrecogido— permanecieron luchando, abuelo, como si fuesen a recibir una gran recompensa; ignorantes desde el principio. Embrutecidos por la hostilidad de la zona, sin contacto con la cultura antillana, como lo dice muy bien mi madre; conquistaron la tierra, pero perdieron su cultura, y hoy no tienen ninguna.

—No eran intelectuales —me respondió— los instruidos quedaron en Jamaica. No tenían ninguna necesidad de emigrar. Vinieron los labriegos sencillos: los que tenemos un poco más de instrucción, llegamos aquí casi por accidente. Y claro, eran más cultos que el cholo, pero en ninguna forma exponentes de la cultura antillana.

—¿Y de acuerdo a qué escala de valores abuelo? Aparte de los pisos lustrados y...

—Los pisos lustrados, si tú quieres mencionar eso. Los cholos tenían pisos de barro. Pero también la forma de vestir, los alimentos más variados y mejor preparados, las costumbres cristianas de tipo evangélico, como la acción de gracias antes de cada comida, la lectura de la Biblia, la oración; todo eso, opuesto a los gritos sobre la mesa del almuerzo, los rezos, las creencias en la salvación automática por medio del pago de misas, etc.

—Pero no estás tomando en cuenta a los ha-

bitantees de la meseta.

—¿Y ellos qué? Incapaces de resistir el clima a causa de su cultura...

—¡A causa de su cultura!

—A causa de su cultura, entre otras cosas, porque la cultura nuestra nos enseña el uso de ciertas yerbas que nos inmunizan contra casi todas las enfermedades, o por lo menos nos permiten sobrevivir.

—Y ustedes llegaron para cumplir con un contrato. Luego cultivaron la tierra, y, a pesar de todo los males que hubieron de soportar, se quedaron aquí, y nosotros: apátridos.

—¡Apátridos! No fueron los cultos los que llegaron, es necesario tenerlo en cuenta, pues debido a ese detalle la adaptación es más lenta. Además la intención de volver convertidos en burgueses creó una mentalidad muy particular. Pero no puedes negar el valor de la sangre derramada, y los huesos, y el sudor, y aún las lágrimas que han servido para abonar la tierra; la mucha cuita dejada en los campos; además, primero el decreto, o la Ley, o lo que quieras, aprobado por ellos según tú mismo me señalabas en otra ocasión, el contrato firmado por ellos, los derechos de posesión suscritos por ellos, con su completo beneplácito, con la condición agregada después de que no viviésemos fuera de la zona dilimitada.

—¿Y esto por qué?

—Miedo: los jóvenes siempre rompen las ba-

rreras de los prejuicios y acaban amándose cuando se les deja libres, especialmente cuando crecen juntos. Fíjate que los negros en su mayoría, éramos de una constitución más atlética que ellos; y las negras, con su capacidad como amas de casa y legendaria guapura, constituían un peligro para la altisonante "pureza española" de que tanta gala hacen, como si España fuera... Miedo hijo, a la mano de obra negra (fue el pretexto oficial) cuyo rendimiento había sido demostrado en esta zona y superaba al del campesino de la meseta.

Algunos llegaron a ser terratenientes: todos partimos nuestros pechos por la parcela asignada. Hemos dominado la región, la hemos hecho accesible a la raza pura que no pudo con el paludismo, ni las picadas de los zancudos.

—Sin embargo mis compañeros...

—Esta tierra es también tuya. No es la mía, como nunca lo fue de los españoles, y sin embargo, es de los descendientes suyos con toda propiedad; no para que la cerquen con alambres de púas, sino para que la compartan como comparten la luz del sol. Conquistada por nosotros, legada a nuestros nietos, para ser compartida perpetuamente de generación en generación...

—Pero...

—Porque la tierra fue de los indios y la perdieron en desigual contienda. Y si fue conquistada por la fuerza de las armas, y legada con toda propiedad, y los sucesores con toda la autoridad de

sus propias leyes, discriminan a los antiguos poseedores como bien lo sabes, y si la ley ha de ser imparcial para que sea justa, entonces igual derecho nos asiste a quienes la hemos arrebatado de su primitivo estado, para legarla a los descendientes nuestros. Entrás en posesión de ella, sabiendo que es el producto del esfuerzo y del trabajo, y que si alguna sangre fue derramada esa sangre fue la nuestra. La posees en el mismo sentido que la luz del sol: para que todos la tengan justamente contigo.

Llené los pulmones de aire. “mi abuelo es racista” me dije, tal lucha estaba decretada en mí, en las profundidades de mi ser. Si o no. Era no. Algo se estremecía, vibraba, persiguiéndome insensiblemente. De una sola vez sentí enojo, dolor, orgullo; todo a la vez.

—Pero abuelo— ensayé una desesperada defensa de mis propios mitos (los que había aprendido en el aula) contra los mitos del abuelo.

—Ustedes fueron... a ustedes les pagaron...

—Nos pagaron ¿para qué?

—Construir el ferrocarril.

El abuelo hizo una pausa, obligándome a pesar todo el alcance de mis propias palabras; agregó con lentitud, enfatizando los dos primeros vocablos:

—Has dicho. Después Keith pensó que era una buena idea sembrar bananos y todos comenzamos a sembrar y resultó un buen negocio. Y repito: con el beneplácito del gobierno y del pueblo. A través

de las décadas que llegan a tus días, hemos cultivado esta tierra, no para nosotros porque pensábamos regresar, sino, en virtud de los designios del Supremo, la cultivábamos para nuestros hijos y nietos.

—Sin embargo mami cuenta que muchos escondían a sus hijos para que no asistiesen a la escuela de español.

—Muchos, no todos. Pero debes de comprender que era preciso mantener la cultura antillana, si íbamos a regresar a nuestro país. El idioma era una llave que abriría la puerta a una eventual integración: y la cultura que nosotros conocíamos como del país, encarnada en el cholo principalmente, no era muy atractiva. Nuestra actitud pues, no debe entenderse como racismo ni odio sino simple prevención. ¿Qué hubiera sido de nuestros hijos, en Jamaica, con cultura latina? No se hubieran podido adaptar.

Me quedé pensativo mientras el abuelo juguetaba con su filosa barba. El viejo me miró pasivamente.

—¿No has notado el carácter temporal de todo? Se nota tan sólo al fijarse un poco en nuestras casas y costumbres.

Yo sabía que todo eso era verdad: lo había heredado. La maestra de castellano, combatía diariamente contra esa tendencia generalizada en mi generación.

—De modo pues Clif, eres costarricense. Ja-

maica es la tierra de tus padres. Amala como tal.
—La tierra de mis padres, ¿entonces soy costarricense?

TERCERA PARTE

CAPITULO XI
LA CONQUISTA

Cuando regresaban al pueblo, viajaron junto al río que corría apaciblemente a la par del tren que también avanzaba. Todavía salvaje, de trecho en trecho, rompía su tranquilo fluir para lanzarse contra los muros que defienden la vía de sus andanadas.

Clif alzó la vista para contemplar el otro lado de la cuenca: la tarde engendraba armonía en celeste y blanco. La cálida mano de su esposa se aferró a la suya; su cabello suave, crespo, buscó acomodo en su pecho. En el otro asiento, su hijo mayor dormía. En su plácido sueño también, la tarde engendraba encanto.

—Qué maravilla Clif, ¡qué maravilla!

Abajo las blancas espumas saludaban el paso del tren, y la máquina retornaba el saludo con bocanadas de humo negro; arriba, las nubes danzaban en la brisa con la agilidad de una bailarina, el Ballet del Universo.

Clif volvió su mirada hacia su esposa, para absorber armonía de sus ojos.

—Sí —dijo— es bellissimo.

—Claro que hay otros paisajes.

—Pero, éste es el nuestro.

—Sí Clif... el nuestro.

La locomotora lanzó un alarido entre la selva virgen. El volvió a mirar por la ventana: en la ribera opuesta se divisaba el camino ya recorrido, flanqueada por la línea telefónica primero y las faldas de la cordillera después; entre ambas orillas

se hundía la enorme cuenca de Quebrada Honda, cargada de neblina azul.

—Clif... cuéntame acerca de tu vida en los primeros años en San José.

—¡Ah! ¿para qué recordar eso?

—Me gustaría saberlo.

—No hay mucho que contar.

“Sus tímidos pasos por las calles de la ciudad, quedaron sepultados en el tiempo. Las voces en las esquinas, coreando un sonoro: “Negro chumeco, panza e muñeco”, y la gente deseándose suerte “pa mí, y no pa ti”, con el doble pecado de superstición y egoísmo; las interminables calles, ganadas día a día con temor; los propios negros se cambiaban de acera para no toparse unos con otros, en su desesperante lucha por pasar inadvertidos; y “Mami parece que va a llover”, la contagiosa y nueva risa que infectaba como un bacilo los rostros de todos y además “Heló may fren” cargado de doble sentido y crueldad.

La madre que enseña al hijo la sabiduría que a su vez aprendió de los suyos: los negros no se peinan, no se bañan. Y la pobre negrita que creció entre monjas y no se peinó nunca, y no fue peinada jamás, asustada de ver a las negras de Limón peinándose. El coro de los niños, sí, pero eso no fuera tanto. Peor era el coro de los adultos, y negro hijue... sin causa, sin motivo.

El trovador en las fiestas de Plaza Viquez, cantando la ronda del viento:

“ay ay ay que chiles tenemos,
como ustedes lo verán,
vienen con los negritos
con los monos de Bataan”.

Y entonces la risa estalla en los congregados: las miradas, mil miradas estallan sobre él, y el sudor, y la congoja, y el dolor del rechazo: estar allí, saberse parte de aquella sociedad que no lo aceptaba, y no obstante no poder ni siquiera huir.

Las largas caminatas por las calles de los barrios, buscando un cuarto, la alegría de jóvenes y viejos, congregados en los corredores, contentos de verlo.

(Ría, ría, ría negrito ría. Cante, cante, cante payaso cante. Baile, baile, baile monito baile). La cara de una vieja horrible respondiendo con diplomacia: “ya la alquilamos”, y el rótulo allí antes de que él preguntara, el rótulo allí después de que él hubo preguntado, y el rótulo permaneció allí una semana, y después, después lo quitaron.

—¡Ah! —suspiró Clif— no hay mucho que contar.

No había mucho que contar. En el taller, el administrador hostigaba: vaya compre esto y aquéllo; deje eso y haga esto otro; y entretanto el objetivo de aprender una profesión se esfumaba.

Al fin un día llegando al límite de su resistencia, renunció para desempeñar un puesto diferente. Era necesario seguir con el peso de su destino a

cuestas.

—Ese era un buen trabajo —observó su esposa ¿por qué no seguiste?

—¿Por qué no seguí? Amor, ¿es necesario que te cuente todo? Ella suspiró, feliz por haber oído la mágica palabra que la Humanidad ha creído a través de los siglos, aún en medio de sus peores etapas.

—Sí Amor —respondió suavemente— quiero saberlo todo.

Un día, él cargó con las cadenas de su propia limitación pensando sobre sí, con todas las consecuencias de sus pasados errores demandando solución adecuada, y preso de su impotencia, subió las gradas que conducían a la oficina del Gerente. Presentía el precio de su honradez. Pero la verdad, un cúmulo de veneno se alojó en su torno, y había que acabar con él. Aunque consciente de su propia impotencia, decidió que lo menos que podía hacer era tratar. Cargaba pues, su limitación fraccionada en la piel como anticuerpos nefastos, que se infiltraban a través de los poros, y se metían en las venas. El sudor corría por la frente con absoluta libertad, penetrando en los ojos; un intenso dolor de cabeza le aquejaba, y las sienes ardían como brasas.

—No me olvidaré nunca de la mezquina actitud del gerente, cuando le denuncié la irregularidad. No siento rencor: pero él es símbolo de un cáncer social, que debemos extirpar.

El no sabe cómo bajó aquellas gradas, arrastrando el peso de su impotencia —el de un adoles-

cente negro— y salió a la fría calle.

Ella tendrá que imaginar la cara del farmacéutico enrojecido de cólera. El tono de su voz, el odio en sus ojos —¿Y qué?— su cinismo descarado ¿acaso no hacen lo mismo en todos los hospitales del país?

—Eso no lo sé ni me importa —la valentía del muchacho— lo que me pregunto es ¿a cuántos niños habrían asesinado inyectando agua destilada en vez de lo prescrito? Y son, además de ladrones, asesinos.

—Negro cobarde, mida sus palabras, o lo echo de aquí a patadas.

—No será necesario Rafa Ofebre, me iré por mi propia cuenta.

—Pero vas a pagar esto.

—No podrás denunciarnos a todos. Esto no es así no más.

Entonces él no pensó en sus hijos. Ni pensó en su madre. Pensó tan sólo en la justicia social. Y no recordó que el gerente era amante de la hermana de Rafa Ofebre, y por lo tanto aquél tenía que salvarlo. Les pidió la renuncia a los dos, y les dió sendas recomendaciones.

—Pero tus compañeros de trabajo, dijo ella con incontenible indignación. Lo creía sólo porque Clif se lo contaba: de otra fuente no lo hubiera creído.

—Los que no participaban en el negocio tenían que cuidar su pan.

Y después, buscar y buscar y buscar trabajo.

Para cada puesto cuarenta solicitudes.

Un día sobre todo, contaba con la seguridad de colocarse. Lo había recomendado un buen amigo, y don Tancredo le había dicho: vuelva mañana.

Considerando la importancia de la cita, se encaminó al Parque Central, y evitando la esquina noroeste, para no tener que lidiar con uno de los limpiabotas del sindicato, esperó en el lado oeste que pasara algún chiquillo de los no afiliados.

La treta resultó: al poco rato apareció un muchacho de escasos siete años con su clásica oferta de servicios.

—¿Te limpio moreno?

—No, yo me bañé. Pero si quiere puede limpiar los zapatos.

—¡Pssss!

—¿Cuánto me cobra?

—Diay... ¡un cuatrillo!

—Bien, límpielos.

El reloj de la Catedral que nunca marcaba el tiempo correcto, señalaba un cuarto para la hora. Sin saber porqué, pensó en los noticieros, que se equivocan dos de cada tres veces, al dar la hora en las horas de mayor apuro, y a veces ni se molestan en rectificar. La hora era uno de los grandes problemas de su pueblo, que para bien o para mal, no había aprendido el valor de ser puntual. Pero él lo sería.

El muchacho golpeó el cajón, y como se esperaba que hiciera, Clif bajó un pie y subió el otro.

El viejo péndulo del reloj de la Catedral, ajeno a sus pensamientos, continuaba en su monótona manía. Habían pasado tres minutos.

—Apúrese... me precisa.

—Sí, ya voy...

Se detuvo en una ventana abierta y ordenó dos cajas de chicles y una menta. Recogió el vuelto, ignorando la amable sonrisa de la muchacha que le atendió, y guardándolo cuidadosamente en el bolsillo de su saco —eran los últimos veinticinco centavos— continuó andando.

Tiempos mejores hubieron. En los días de sol y de lluvia, a pesar de todas estas y otras cosas, la brasa, el escozor, los tiempos fueron mejores.

Tomó la calle central. En la esquina, un carretón lo obligó a detenerse. Un minuto después estaba frente al Hotel Norteño, armándose de valor. Franqueó la puerta de vidrio que al ceder con un mínimo de resistencia hizo posible su ingreso a la elegante antesala; sin vacilar se dirigió confiado hacia el mostrador.

—Don Tancredo lo atenderá en un momento. Siéntese.

Dos señoras de edad avanzada pasaron a su lado, escrutándole. Una de ellas murmuró algunas palabras, y ambas sonrieron.

—¿Señor Duke?

—Si señor, aquí me tiene.

—Gracias. Siéntese por favor. ¿Cómo le ha ido?

—Pues, digamos bien.

—Guillermo estuvo aquí. Vino a ver si te había podido colocar.

—¿Y?

—Lamentablemente no vamos a poder hacer nada.

—Pero...

—Se lo expliqué a él. Debí haberle advertido desde un principio.

—¿Advertido?

—Sí, el reglamento del hotel...

Había en su voz un cierto tono de culpabilidad. La puerta de vidrio se abrió una vez más, y un desconocido penetró en el lobby. Don Tancredo se puso de pie. Estaba visiblemente preocupado, molesto por la cruda realidad a que se enfrentaba. Más fuerte que su voluntad, más soberano que las leyes patrias los intereses y costumbres foráneos se imponían, hiriéndole en el rincón más caro de la nacionalidad. Pero don Tancredo engullía impotencia, para conservar un salario en dólares. Engullía cobardía y con ello, obraba cobardía e impotencia. Y con eso también rendía tributo a los reglamentos del hotel.

—Duke, yo...

“La calle se tornó fría, perdiendo ese tinte romántico con que yo la había teñido. Un autobús pasó repartiendo una estela de humo, que se esparció en el viento, mientras el vehículo zigzagueaba cuesta abajo.

“Chinos y blancos —pensé muchas veces— en mi propio país, chinos y blancos y ningún “ciudadano de raza negra”.

Nada me quedaba ahora ¿comprendes? Las promesas de la revolución habían sido olvidadas; y la sangre de los caídos, traicionada de la forma más vil. Y nosotros, los ingenuos, engañados una vez más”.

Ella lo besó en la mejilla, luchando por contener sus lágrimas. Lo imaginaba detenido en la esquina, mirando la canoa de uno de los elegantes edificios de la calle central, viendo en ellas las huellas del dolor humano: semejantes a las de su propia angustia. Porque Dios le dio al hombre manos para crear, y alguien había creado su pan a través de la hojalata.

Era todavía un adolescente. Cortarían la luz, desconectarían el agua, tendría que abandonar los estudios, mientras él seguía buscando trabajo de barrio en barrio, con sus desgastados zapatos.

De vez en cuando algún amigo le regalaba unos pesos. Pero nadie sabía de ningún empleo estable. Y cuando uno de sus amigos trató de que el partido le financiara un pequeño negocio, los demás directivos le hicieron ver que el partido no era una institución de caridad.

Y por fin, tras mucho luchar, Guillermo logró incluirle en la lista de los estrechos colaboradores de la campaña que se iniciaba. Tenía pues una nueva esperanza: el triunfo del partido en las elec-

ciones.

—¡Ah!, si hubieses estado conmigo durante esos meses, y hubieses podido ver mi trabajo, me comprenderías mejor. Me entregué de lleno, completamente.

—No, no había mucho que contar, “perdimos las elecciones esa vez”.

Así, valientemente, conquistó la ciudad. La redujo a su antojo, con dolor a veces; siempre en lucha. Quiso modificarla, humanizarla, hacerla compatible con los sueños alucinantes e idealistas del viejo Jakel, pero la ciudad realizó el proceso contrario, deshumanizándole, repudiándole por el grave pecado de ser negro.

Al final, Clif triunfó. No el Clif adolescente que aquella mañana escuchó reverentemente las palabras del abuelo, sino Clif el adulto, el que acaso había soñado Jakel en su postrera agonía.

Pero: ¿era costarricense? No la cuestión mecánica e involuntaria de haber nacido en determinado país, sino el hecho de estar o no incorporado a la sociedad nacional. El hecho real de su situación marginal.

¿Cuáles eran los elementos que en efecto lo hacían o no costarricense? ¿Y cuáles los obstáculos? ¿Y qué poder le daba derecho a reclamar su lugar?

Aquella mañana de la tibieza impura, él opuso resistencia al abuelo.

—Abuelo, y entonces que le parece Garvey? El propuso el regreso del negro al Africa.

—Podemos tener muchas opiniones: Garvey pensó que debíamos regresar; otros habemos que creemos que adquirimos ya el derecho de ocupar la tierra que hemos hecho fructificar, y compartir la riqueza que ayudamos a crear.

Eso según nosotros, porque según ellos llegamos colados en los barcos.

—Piensa un poco hijo: nos conquistaron, violaron nuestras mujeres, explotaron las enormes riquezas de nuestra patria, nos esclavizaron físicamente y nos tiranizaron ideológicamente, hasta el punto de hacer creer a muchos que éramos una raza inferior, y luego, cuando ya no pudieron más, nosotros aceptamos un asiento en un barco y regresamos a nuestra tierra. ¿Cuál tierra Clif? Ni siquiera sabemos de qué lugar del continente provenimos; y seríamos extraños en cualquier parte del Africa. Hay algo común entre todos nosotros. Pero también un negro cubano es más cubano que africano, y más semejante a un latino en su manera de pensar que a un etíope. ¿Tú crees que lo safricanos iban a permitirnos regresar de la noche a la mañana para imponer nuestra ideología sobre la de ellos? Y ahora que se están liberando de los imperios, aceptar con los brazos cruzados el dominio de negros occidentales, que ni pueden dar cuenta de qué tribu o nación provienen sus antecesores”.

Se detuvo, llevó la mano a la cabeza, y se quedó mirando el vacío. A través de sus ojos traslucía una sabiduría necesariamente intuitiva, porque no

pudo haberla adquirido en los viejos textos del escocés.

—Clif —dijo— esta hora marca el despertar de la raza: ha llegado la hora de liberarnos de la raza: ha llegado el momento de liberarnos del yugo milenario, en todo el mundo de pronto emergen los negros, y ya no podrán someterlos.

—Bueno, abuelo, dime una cosa: a pesar de las innumerables inundaciones, plagas y tragedias y todas las cosas que tú me cuentas, las que mamá cuenta y las que yo he visto, nos hemos quedado aquí.

—¿Tú crees que después de tantos sacrificios podíamos simplemente levantarnos e irnos para la casa? Nos fue imposible dejar esta tierra, porque llegamos a amarla. Esa es la verdad, y no lo hicimos. Los huesos de los muertos se hubiesen levantado Clif, para reclamarnos sus sacrificios.

—Abuelo, estoy pensando que, bueno, la abuela Gretel murió también, y su sacrificio debe ser respetado. Los huesos de muchos se levantarían para reclamarnos si nos fuésemos.

—Bien Clif, es mi turno para hacer preguntas, y sólo voy a hacerte tres: ¿Eres costarricense? ¿Lo eres realmente? ¿Entiendes lo que quiere decir? No basta el derecho: hay algo más. Ese es tu problema Clif, ese es tu problema ahora.

CAPITULO XII

ALGO IMPORTANTE

Todo en la historia del abuelo justifica mi retorno. Todo. A pesar de la evidente y natural incompreensión de mi esposa, y a mi propia indecisa comprensión. ¿Acaso es dable afirmar lo contrario?

Howard Bowman se aproxima. Lo tengo frente a mí, delante de estos ojos que una vez lo vieron llorar. Está aquí, lo siento, lo palpo, lo intuyo.

"Tu eres el heredero de Clif, el verdadero depositario de la gloria y la esperanza".

Necesito el valor que él tuvo; el valor que lo condujo a Panamá, y perdida la herencia lo trajo hasta esta tierra. El valor que lo mantuvo ilimitado durante tantos años, que le dio fuerza para enterrar a su esposa y seguir viviendo; sólo que ese valor cedió ante la criminal actitud de Howard Bowman.

Necesito regresar, reconciliarme con el barro, al roce del metal sobre el cráneo, la lata de cacao, las enseñanzas del abuelo, quizás hasta será necesario respoider a la pregunta de mi esposa, recoger el flujo sin recuerdo que circula fugazmente en el aire de mayo, de abril, de marzo, hasta regresar a la edad de seis años cuando descubrí con asombro que era verdad que yo crecía, y abuela se rió de mí.

Pero sobre todas las cosas tendría que olvidarme del arma, porque no la podría emplear en presencia de El.

Unas manos suaves acarician de pronto mi nuca.

—Amor —suplica una voz— ¿a qué hemos

vuelto?

Suenan en las gradas los pies de Howard Bowman, tiemblan, como si se quisieran librar de un peso intolerable.

—Clif, tengo derecho de saberlo...

Sí. Tiene derecho.

Howard Bowman toca a la puerta. Mi esposa de pronto, empalidece. La acerco para besarla, para asegurarle que estoy presente.

—Vine a escribir la biografía del abuelo.

—¿Aquí? Sus ojos se dilatan en asombro, su boca se hace pequeña. Se pone de pie y se enfrenta a mí.

Bowman toca de nuevo.

—Entonces quieres decir que hemos venido... que hemos venido a meternos en esta... en esta... en este pueblo, sólo para que escribas un libro que a lo mejor a nadie le interese y se quede en los instantes —digo estantes—, y mis hijos y yo tenemos que venir hasta aquí para aguantar lo que es esta condenada vida de montaña...

Hace una pausa para reflexionar quizás en lo que estaba diciendo. Se sienta con la boca abierta, y mira. Bowman toca de nuevo.

—Déjelo que toque —murmuró— ya estamos acostados.

—Sólo para eso.

—Pues... eso es importante...

—¡Importante! Y me lo dices así. Bien: pero si no se vende el libro; digo, si no obtiene un éxito

rotundo, ¿sabes lo que voy a hacer?

—No... ¿qué?

—Por Dios que está en el cielo, recojo mis cosas y mis hijos y me voy.

Bowman se ha cansado de tocar y se aleja. Me levanto y me dirijo a la máquina, coloco el papel y con despreocupación, como si hubiera vivido la historia que me propongo relatar, empiezo la narración. Ella se asoma y lee las primeras palabras:

“El acto de levantar la valija, alzar al niño y bajarme del tren es uno solo...”

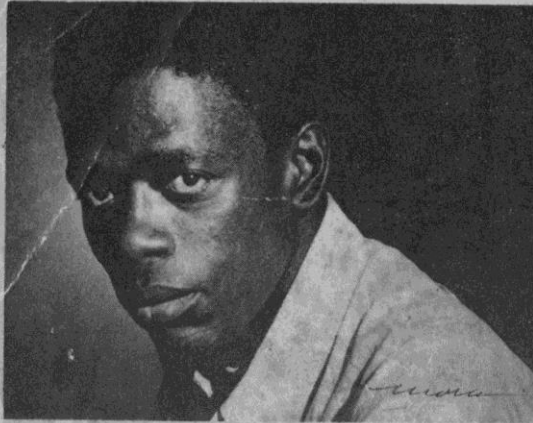
Glosario

- Cuatrillo:** cincuenta céntimos, moneda nacional.
chief: Jefe.
Felipe: Apóstol.
Ganghá: Marihuana.
Hello may fren: Hello my friend: Hola amigo.
Hey: oye.
Masah: amo.
Mistah: Mister: señor.
Name, yampí, dashin, cuocó, arraroot: tubérculos.
Paw: papá.
Penique: antigua moneda inglesa.
Pocomía: danza afro-americana. Ritual religioso.
SNAA: Servicio Nacional de Acueductos y Alcantarillado.
So-so: más o menos.
Wow: vaya.
Yaw: si.
Yej: si.

Este libro se terminó de imprimir en Abril de 1971 en los Talleres de la Imprenta Metropolitana, San José, Costa Rica. La edición estuvo al cuidado de Lía Coronado, la portada fue diseñada por Manuel de la Cruz González. Impresa en la Litografía A.B.C., la foto fue tomada por Jenaro Mora.

INDICE

	<i>Pág.</i>
Capítulo I EL REGRESO	1
Capítulo II DANZAS	9
Capítulo III AYER	23
Capítulo IV CONOCIENDO	43
Capítulo V LA HERENCIA	49
Capítulo VI LA VID	59
Capítulo VII INCOHERENCIA	79
Capítulo VIII UN PROBLEMA DE AHORA	97
Capítulo IX BRUTUS	101
Capítulo X DESDE EL PRINCIPIO	109
Capítulo XI LA CONQUISTA	123
Capítulo XII ALGO IMPORTANTE	137



QUINCE DUNCAN

Nace el 5 de diciembre de 1940 en San José y crece en Estrada, pequeña población de la Provincia de Limón.

Ha publicado dos cuadernillos, numerosos cuentos en revistas literarias y recientemente su primer libro.

En poco tiempo Duncan se ha colocado entre los mejores de la narración nacional.

CUADERNOS DE ARTE POPULAR, presenta con orgullo la primera novela del escritor costarricense QUINCE DUNCAN. Iniciamos nuestras actividades hace dos años, publicando El Pozo, y luego Bronce, todos, cuentos de este joven escritor. En los últimos meses de 1970, la Editorial Costa Rica publicó Una Canción en la Madrugada. Este último ha creado conmoción, no solo en los medios estrictamente literarios, sino en los círculos intelectuales en general. Ha merecido los comentarios más favorables en la prensa escrita, la radio y televisión. Numerosos profesores lo han solicitado como texto a sus alumnos. En dos meses, de venta efectiva, la Editorial ha puesto en circulación el 25 por ciento de la edición, lo cual se considera un éxito para libros similares de escritores noveles. En el momento en que escribimos estas líneas, se discute una polémica sobre el hecho de que no se ha publicado una novela nacional de cuento.

HOMBRES CURTIDOS es la historia de la población negra. Es la declaración de los negros limonenses. Y es, sobre todo: la toma de conciencia de los jóvenes militantes.

Con este libro, Duncan se consagra a uno de los buenos de la literatura nacional. Y cabe esperar de él cosas aún más espectaculares.



SIBUNA



BC110586